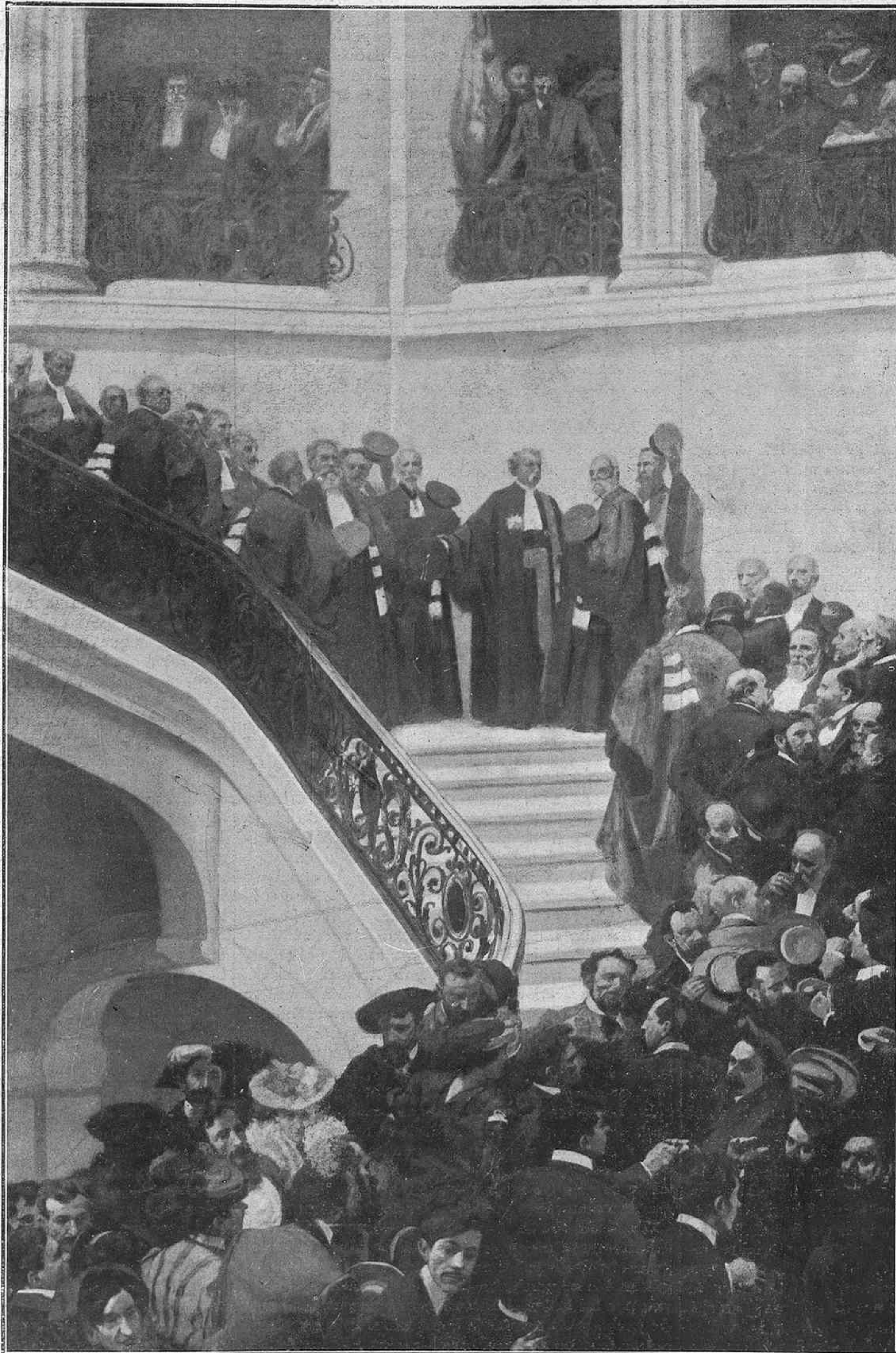


La Ilustración Artística

Año XXVIII

← BARCELONA 7 DE JUNIO DE 1909 →

Núm. 1.432



Fusión de la Escuela Normal y de la Sorbona: recepción de la Escuela Normal por la Universidad, cuadro de A. Devambez, destinado á la Sorbona. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París 1909.)



Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Crepúsculo*, cuento de Matilde Alanic. — *La reconstrucción de Messina*. — *La educación militar en Alemania*. — *París. Entierro de Judrez Celman*. — *Compiègne. Fiestas en honor de Juana de Arco*. — *Tarragona. Congreso Agrícola*. — *Barcelona. Homenaje a Guimerá*. — *Roma. Canonización de los santos José Oriol y Clemente Hofbauer*. — *Espectáculos*. — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *La estatua ecuestre del monumento a Víctor Manuel II en Roma*. — *París. La embajada marroquí*. — *París. Concurso de sombreros*. — Libros recibidos. — *El notable invento del P. Maccioni*.

Grabados.— *Fusión de la Escuela Normal y de la Sorbona*, cuadro de A. Devambe. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el cuento *Crepúsculo*. — *La condesa de Warwick*, cuadro de John S. Sargent. — Siete vistas de la reedificación de Messina. — *La educación militar en Alemania*, cuatro reproducciones fotográficas. — *París. Entierro de D. Miguel Judrez Celman*. — *Compiègne. Fiestas en honor de Juana de Arco*, tres grabados. — *Roma. Solemnísima ceremonia de la canonización de los santos José Oriol y Clemente Hofbauer*. — *Jorge Meredith*. — *Barcelona. Homenaje a Guimerá. Damas americanas que entregaron al poeta el presente de la República Dominicana*. — *Tarragona. Inauguración del XII Congreso agrícola*. — *Fragments del monumento a Víctor Manuel II en Roma*. — *París. Embajada enviada a Francia por Muley Hafid*. — *París. Concurso de sombreros*. — *El P. Alto Maccioni*. — *El avisador sísmico*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con igual resignación que sufren los parisienses las molestias inherentes a la organización de su teatro, aguantan las parisienses—y las que no lo son—las impertinencias de una moda que parece ideada por algún enemigo del sexo, algún misógino que se recrea en atar a la mujer, despojándola a un tiempo de su libertad de movimientos... y de su ropa. Si; el objeto de la moda actual no es precisamente vestir..., sino quizás todo lo contrario.

No sé quién ha dicho, con escasa galantería, que las mujeres no tienen el pensamiento en la cabeza, sino en el sombrero. Quizás para acrecentar la extensión y altura de sus pensamientos, las mujeres han dado tal desarrollo a la prenda más inútil y estorbosa de cuantas usan, reduciendo en cambio las demás a la mínima expresión, a lo que exige, no sé si diga el pudor, pero, para salvar la situación con un eufemismo, digamos que el estado de civilización presente.

Un traje de hoy es una cáscara de cebolla, un poco de aire tejido, un papel de seda, una envoltura transparente de crisálida. Debajo de él, nada: el cuerpo.—Claro es que me refiero a los trajes «de vestir».—Pero considere que, aun yendo en coche, aun cubriéndose por encima con un abrigo, dado el frío que hace en París (hemos tiritado en pleno mayo), hay mucho que queda indefenso, hay un peligro de resfriarse por el vientre, por las piernas, por un brazo, por un pie. En efecto, lo que realmente abriga y protege de la inclemencia del tiempo está vedado, excepto las pieles caras. No todo el mundo las posee. Y los abrigos mismos, tocados del contagio de la locura, son una especie de neblina vaporosa. En *La viuda alegre*, las actrices sacan abrigos (?) inmensos de tul y de gasa, sin más forro ni más consistencia. Y ya se sabe que las actrices ponen la moda, y debemos prepararnos a tan práctica innovación, cuando se acerque la época de las pulmonías...

Todo parece pesado, todo lo encuentran poco *souple*; el afán es suprimir volumen y peso. Un vestido es una pluma; un abrigo, una ilusión; una falda bajera, un sueño... Las medias son caladas de arriba abajo; los boas parece que van a levantar el vuelo y perderse en el espacio... No hablemos de las *suits* y de otras prendas más íntimas; así como se ha dicho que en la catedral de León la piedra es un pretexto para el vidrio, en la ropa interior actual la tela es el pretexto del encaje...

Y—según pasó con los libros de las Sibilas—á medida que abulta menos, la ropa va costando más. Parecería natural que si un vestido no lleva ni forro, ni ballenas, ni bajo, ni barredera, ni casi adornos, mangas ni volantes, sólo la tela, en forma lo más «Tanagra» posible, esta economía de material representase otra de moneda... ¡Quia! No hay que esperar. El día en que la vestimenta de la mujer se haya reducido á unas guirnaldas de glicinia ó de violetas artificiales contorneando el busto y la cadera (no asombrarse, á eso se tiende), las florecillas, dispuestas y agrupadas por mano hábil, costarán los mismos cientos de francos que cuestan las fundas de hoy...

Al lado de las mujeres vestidas por el céfiro y el

favonio, hay, es cierto, otras que han adoptado el paño varonil, á todo pasto, y con una clase de hechura que les presta vaga silueta de clérigos protestantes. Una falda ceñidísima; una levita larga y sosa, sin más adorno que desafortunados botones; unos zapatos de enorme hebilla, que completan el aire eclesiástico; un sombrero de alta copa y ancha ala, que tampoco desdice del conjunto, como no desdice la plegada chorrera blanca, única nota clara de este atavio. Así andan las que no son «Tanagras», ni «Josefinas», ni «Récamieras». Parecen, lo repito, unos curitas, ó como diría un personaje del Padre Coloma, «unos indecentillos muy monos.»

Y claro está—y conviene repetirlo, porque en esto existen ideas muy erróneas,—después de tantas tiranías de la moda, en París hay mucha gente que se viste como le da la gana, sin que nadie halle nada que objetar. Quizás esto sea peculiar de las grandes ciudades cosmopolitas, como lo es de los pueblos de horizonte angosto la intolerancia y la extrañeza ante la ropa, si difiere de la que todos usan. En Madrid recuerdo que corrían, ó poco menos, á las congresistas extranjeras que ostentaban botas muy grandes, boinas muy sencillas y faldas muy cortas. Aquí en París, cada cual hace en este respecto lo que le viene bien. He visto á una señora anciana, muy anciana, apoyada en un báculo, cubierta con un desmesurado capote de dos esclavinas, debajo del cual no llevaba más que unos pantalones anchísimos, de paño negro. Esto era en la calle de Sévres, á las doce del día. Tal vez la pobre vieja temiese engancharse las faldas al subir ó bajar al ómnibus; tal vez el médico la había aconsejado abrigo... Ello es que al exterior vestía pantalones. Y nadie se burlaba de ella; y nadie volvía la cabeza, ni rezongaba con la insolencia de la plebe y aun de los señoritos de Madrid. En Madrid, á la anciana de los pantalones la hubiesen apedreado.

Sabido es que Madame Dieulafoy, que acompañó á su marido á exploraciones científicas, ha conservado la costumbre de vestirse de hombre; nadie la critica por eso. En las calles parisienses se ven moros, turcos, armenios, indios, con su traje nacional; una dama inglesa se hace seguir por tres criados cingaleses, las criadas envueltas en sus velos que las recatan, el criado con su turbante..., y la rara comitiva no excita ni curiosidad. ¿Qué pasaría aquí en la capital de España, donde hasta una señora que va á pie por la calle, vestida modestamente, es objeto de inquisición y acoso, como si se tratase de algún bicho raro?

De suerte que debo rectificar: si la moda es tiránica, París se ríe, en el fondo, de esa moda, que le permite imponer tributos al mundo entero.

Hace la ley, y la abroga; promulga el decreto, y lo desdén. La población laboriosa de París, en cual quiere esfera, no esclaviza el trabajo ni la higiene á caprichos de exportación y á farsas escénicas.

La simpática libertad de París es uno de los elementos con que cuenta para atraer á los turistas. Una capital intransigente y fiscalizadora repele, y una culta y benevolente llama y retiene con apacible encanto.

No puede negarse que en Francia existe una lucha moral, íntima, un conflicto de opiniones y de ideas. Si se dudase, bastaría para convencerse subir á Montmartre, al magnífico templo todavía en construcción del *Sacré Cœur*, y mirar ese monumento erigido al caballero de la Barre, protesta de los librepensadores contra la basílica, colocado allí como para desafiarla, como una provocación violenta. Bastaría ver que hubo quien arrojase al suelo las coronas de flores ofrecidas á Juana de Arco por sus devotos, y tuvo valor de enlodar la ofrenda á la Virgen de la patria, que debiera ser sagrada para todo francés. La lucha, sin embargo, no altera la ecuanimidad de París hasta inspirarle nada que signifique un vejamen á las personas. Se respeta el derecho de cada uno, quizás por hábito, antes que por legal prescripción. La tolerancia está en las costumbres, y es donde hace falta que esté. He notado que las monjas son respetadas, y que andan mucho por la calle, y que ni aun van por parejas, y que se suben al tranvía, y comen en los restaurantes, y compran en los grandes almacenes, y hacen cuanto les acomoda.

También me he fijado en los chiquillos... Están infinitamente mejor criados que en España, por lo general (no niego las excepciones). En París no hay golfos. No os persiguen los desarrapados. No se llevan por las calles, á horas inconvenientes, los niños de pecho para excitar la compasión. A la puerta de los teatros no os acechan chicuelos pálidos y haraposos para lograr una perrilla. Sólo á la salida de *Apollo*, donde se representa *La viuda alegre*, se destacó un mozalbeta ofreciéndose á llamar un coche. Y como si quisiese confirmarme en mi modo de ver,

me habló en español. Probablemente era nacido más allá del Pirineo...

Existirán en París pobres á millares; la miseria se cebará en esta gente, no lo discuto. Pero al menos, el espectáculo de la mendicidad se ha evitado, y supongo que sin medidas violentas, organizando bien los socorros, que se distribuyen sin cesar.

No me han pedido limosna en París, al menos verbalmente—pues hay pordioseros, pocos, que se limitan á tender la mano,—sino á la puerta del templo de la Magdalena, al salir de la misa de los españoles. Una voz lastimera... «La pobrecita ciega española...» Sentí una bocanada de aire patrio. Pero también la ciegucecita española ha respirado el del Sena. Vedla tan limpia, tan arreglada, tan decorosa... Noto en ella igual transformación que he notado en Burdeos en los barquilleros, que eran santanderinos, en la horchatera valenciana que despacha sorbetes á la puerta del magnífico Jardín público. La horchatera viste pulcramente; su peinado es sencillo y gentil; sus sobremangas y su delantal, de níveo lino; los trastos de su comercio relucen, y su niño, criatura de ocho años, que vende confites de limón, gasta un cuello blanco deslumbrador, correcto. Bajo su atavío francés, la horchatera esconde un espíritu de protesta contra Francia. Le indigna que desprecien la horchata de chufas, prefiriendo unos jaropes repugnantes. ¡No conocer la horchata! Y yo recuerdo que Teófilo Gautier la ha dedicado un himno entusiasta, pero Gautier tenía mucho de español y de oriental.

Hasta los barrenderos procuran, en Francia, adcentarse. Los mozos de las estaciones van muy aseados, con su holgada blusa. Las sirvientas de los Duvals están immaculadas de mandil y gorro. Es obligatoria para altos y bajos, en el comercio, la *tenue*. Y las madamiselas, en las casas de las modistas, son muy elegantes, muy *chic*, aunque no oficien de maniqués. Yo no sé de dónde sale tanto copioso pelo rubio, tanta funda de seda negra, tanta peineta primorosa, tanto calzado fino. Dan ganas de preguntarles, si no fuese cosa averiguada que no deben hacerse preguntas indiscretas: «¿Pero usted cubre gastos con el sueldo?»

No pasa un día por París, ni se nota en la gran ciudad ese cansancio de hacer la misma cosa siempre bien, que á la larga sienten los pueblos como los hombres. Lo único que me ha parecido descuidado en París, y hasta abandonado, es el clásico, el viejo Jardín de plantas. Creo que la prensa ha advertido la decadencia de lo que puede llamarse una institución parisiense, y clama porque se remedie tal estado de cosas. El Jardín presenta, en efecto, un aspecto lamentable. Casi no hay fieras. Un león pelado y viejo se aburre en una jaula inmunda. Varios monos llenos de mugre se pelean, antes de sucumbir á la rápida tisis que diezma á su raza. El dromedario parece un felpudo. Los pájaros están tristes; no aleatean, no revolotean, no cantan. Hasta los papagayos y cacatúas afectan un mal humor desdénoso; y los osos, en su fosa, revelan en su actitud una añoranza profunda... No hay nada más caro de sostener que una casa de fieras, pues se le ha de ofrecer á cada animalito una reducción de las condiciones de su vida natural. El *Zoological Garden* de Londres cuesta sumas inmensas. En París, el presupuesto del Jardín de plantas con todas sus dependencias no excede de unos trescientos mil y pico de francos, que no es nada para el asunto. Los animales exigen cuidados infinitos y gran inteligencia en el personal que los atiende. Pero no hay nada más bonito y gracioso que un animal sano, limpio, joven, manso, que asoma la cabeza por los hierros de su prisión para recibir el pan que se le brinda. Las gacelas, las alpacas, los borriquillos africanos, las jirafas, tienen formas deliciosas y movimientos que reclaman el pincel de Rosa Bonheur. Un animal roñoso, sucio, enfermo, con las lanas pegadas y los ojos melancólicos, es un cuadro desconsolador. Con decir que los bichos disecados parecen más vivientes que los vivos...

No es esta la única señal de desmayo que noto en la *Ville Lumière*. El ferrocarril metropolitano, que será muy útil, pero es muy antipático, tiene á París convertido en un polvo. Y no es eso lo peor, sino que bastantes edificios se han agrietado y amenazan ruina: el Ministerio de *Travaux publics* dicen que está apuntalado, á causa de la incesante trepidación del dragón subterráneo, que conmueve los cimientos de los edificios. La vida de París, no cabiendo ya en la superficie, se refugia en las entrañas de la ciudad minada. El suelo tiembla y se estremece. Tiene algo de simbólico, y parece un signo de la crisis social, este ferrocarril cuyo pavimento resplandece de partículas de mica que en la sombra remedan diamantes, y cuyo paso escondido va destrozando á París.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

CREPÚSCULO, CUENTO DE MATILDE ALANIC. Dibujo de Mas y Fondevila (I)



I

Retiradas las flores y recogido el suntuoso servicio de mesa, el comedor y los salones recobraban su aspecto acostumbrado, aspecto de casera severidad. Dos criados frotaban el suelo de madera, manchado por los restos del *lunch* y por las pisadas de los comensales. La señora de Sarlat tenía aún grabada en los ojos la animación de la escena que se había desarrollado allí algunas horas antes, y ante el vacío de la estancia silenciosa, una sensación de frío invadía la bruscamente.

¡Vacía, fría, silenciosa! ¿No lo sería su existencia ahora que había partido todo cuanto constituía el encanto de la misma?

Sintiendo que los sollozos la ahogaban, empujó precipitadamente la puerta, y con el corazón desfallecido se encaminó á su dormitorio. Una vez allí, despidió á la camarera que envolvía cuidadosamente el traje de gala, un traje de terciopelo que quedó extendido sobre la cama con las mangas ahuecadas y la cola colgando, y se dejó caer desolada en un sillón junto al fuego de la chimenea... ¡Cuántas veces Susana, de bata y zapatillas, había ido allí á charlar un rato antes de acostarse!.. ¡Qué paliques, qué mimos aquellos!

¡Aquellos días, ay, habían pasado para no volver más!

Susana se había casado por la mañana, y ahora navegaba á todo vapor hacia el mar azul, acompañada de su marido, que al presente lo sería todo para ella. Los padres, que durante diez y nueve años le consagraron tanto cariño, quedarían relegados á segundo término.

—¿Cómo puede la ley sancionar tan monstruosa iniquidad?, pensaba la señora de Sarlat, rebelándose, llorando con toda su alma y maldiciendo de todo corazón á su yerno, como hacen todas las madres el primer día en que adquieren el título de suegras.

Desde hacía tres meses, todos vivían en febril sobreexcitación, esperando aquel famoso día que marcaba el tiempo, para la desposada con una raya de oro, la raya de oro de la alianza que adornaba su dedo, y para la temerosa madre con una raya negra. ¡Había sido preciso disponer tantas cosas! Instalar el nido, preparar la canastilla, probar los trajes, hacer y recibir una serie interminable de visitas, y para fin de fiesta ese último día en el que la señora de Sarlat, á fuerza de sobreponerse á su emoción, había acabado por no ser más que un autómatas que repartía saludos y sonrisas. Por esto, al verse de repente en una calma absoluta después de aquel fantástico tor-

bellino, rendida de cansancio, aturdida, enervada, aprovechó naturalmente aquella hora de tranquilidad para llorar como una Niobé que ha perdido á su hija y no quiere admitir consuelos.

...¡Con tal que Susana siquiera fuese dichosa!.. Ante la incógnita del porvenir insondable, la señora de Sarlat tembló, acometida por temerosas dudas... ¿Habría entregado su tesoro á la ligera?

Cierto que los informes recogidos por su marido sobre Andrés Montsabert eran excelentes: médico, buen mozo, buena salud, numerosa clientela, posición asegurada, ¡qué mejor pasaporte para cualquiera madre!.. Además, agradaba á Susana, y esto era lo principal... Pero los defectos de carácter sólo en la intimidad se revelan...

Y aun cuando Andrés fuera el hombre mejor del mundo, al fin y al cabo era hombre, y esto bastaba para que sus impresiones, sus ideas, sus sentimientos estuviesen á cien leguas de Susana; no podía tener una vista bastante sutil, un tacto bastante suave para discernir los complicados y frágiles mecanismos que componen el corazón y el cerebro femeninos y para analizar sus tenues vibraciones. ¡Y cuántas veces con su inconsciente torpeza introduciría en ellos, á pesar suyo, el desorden! Por culpa de él, Susana, la niña adorada, conocería el dolor; no había que hacerse ilusiones, porque no cabía esperar que la ley común la respetase. Era inevitable; era fatal.

Hasta en el encantado aislamiento de la luna de miel prodúcense á veces rozamientos, malas inteligencias que separan dos seres por toda la vida.

Y cuando volvieran á la sociedad, ¡cuántos escollos nuevos surgirían en los cuales podría zozobrar la débil barca en que navegaban los recién casados y su felicidad!

Susana pasaría por las mismas crisis que las demás y sufriría las decepciones, las rebeldías, las desesperaciones, todas las angustias del abandono lento y progresivo..., y quizás también, ¡Dios eterno!, las tentaciones en que naufragan el corazón y la voluntad.

Y la pobre madre sintió un horrible estremecimiento.

II

Bien conocía ella todas esas etapas por haberlas recorrido en otro tiempo; había sufrido, pensaba,

todo lo que sufrirse puede: las indignaciones exageradas, las desesperanzas locas en las que todos los muelles vitales en tensión amenazan romperse.

Y sin embargo, el Sr. Sarlat no era un mal hombre; así se lo decían á ella en aquellos días de sufrimiento, y así lo estimaba ella también ahora, cuando la experiencia de la vida le había hecho el don de la moderación de juicio y de la indulgencia. Era simplemente un hombre amable, demasiado amable, dispuesto á coger todas las rosas que á su paso hallaba para ponerse en el ojal.

Pero para la joven esposa ofendida en su altivez y en su amor, era un hipócrita y un falso, junto al cual parecía intolerable la existencia. Y precisamente otro hombre la había asediado durante aquella tormenta, hablándole de un amor apasionado y respetuoso, de un amor con el que todas las mujeres sueñan, proponiéndole un divorcio, un matrimonio en el extranjero, brindándole una nueva vida cuya felicidad borraría los malos recuerdos de la anterior. En aquellas ocasiones, trastornada la cabeza, lacrado el corazón, ¡apoderábase de ella el vértigo, y casi estaba á punto de ceder, cuando Susana la había salvado...

Una noche la pequeñuela se despertó asfixiándose á consecuencia de un ataque de crup, y junto á la cuna de aquel ser querido que se ahogaba permanecieron inclinados día y noche el padre y la madre, unidos en una misma terrible angustia y dando repentinamente al olvido todo otro sentimiento. Y cuando, pasado el peligro, la niña se durmió sonriéndoles, una calma inmensa, bienhechora, invadió el alma de la señora de Sarlat.

¿Qué eran, en efecto, las febriles agitaciones de otros tiempos, comparadas con la espantosa sacudida que en aquellos días había experimentado?

Ya no sentía cólera ni rencor contra su marido; habíase operado en ella una revolución; la madre había reemplazado á la mujer, y ahora comprendía que de todos los sentimientos humanos sólo el amor maternal puede llenar una existencia.

¡Cuán lejos, cuán perdidos en el fondo del pasado estaban aquellos conturbadores recuerdos!.. Desde aquel entonces había vivido fuerte y serena, enteramente consagrada á su hija, saboreando deliciosamente las alegrías que cada día le procuraba Susana y del todo resignada respecto de su esposo... Este, á

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

medida que había sentido el peso de los años, había ido pasando más horas en su casa, impregnada de una paz dichosa; algo desconcertado, inquieto, en un principio, había acabado por recobrar su puesto en la vida de familia que de este modo quedó reconstituida.

La situación violenta de los primeros días de aquella existencia no había tardado en desaparecer, gracias á la niña, y la querida Susana, que traía al retortero á su padre, que la mimaba, y á su madre, á quien adoraba, había sido el más firme lazo de unión entre los dos esposos.

Pero ahora que Susana no estaría allí para comunicar su encanto al hogar, ¿qué sería de ellos reducidos á sí mismos? ¿Qué vida tan gris, tan fría! ¿Valía aquella vida la pena de ser vivida?

Y al formular aquella conclusión de un pesimismo descorazonador, la señora de Sarlat rompió á llorar de nuevo.

III

Abrióse la puerta, y asomándose por ella, preguntó tímidamente el Sr. Sarlat:

—¿Me das tu permiso?

Entró en el cuarto y fué á sentarse en una butaca delante de su esposa.

El corazón de aquella mujer sintióse ablandado por una gran piedad al ver el estado de abatimiento de su marido, vencido por las fatigas y las emociones de aquel día memorable.

Desde que había cruzado el gran salón de la alcaldía llevando del brazo á Susana envuelta en su velo blanco, una lágrima temblaba en sus ojos y caía de cuando en cuando sobre su bigote, que ya no se preocupaba de teñir.

El, á su vez, advirtió las brillantes gotitas que salpicaban el peto de raso malva de su mujer, y dominado por indecible turbación, atrájola hacia sí, apoyó su cabeza en el hombro de ella y sollozó como un niño.

—¡Pobre amiga mía! ¡Pobre amiga mía!, repetía lleno de com pasión como si sobre su esposa pesase una gran desgracia.

Ella seguía llorando, pero no ya con la misma amargura de antes. Una pena compartida es menos abrumadora.

El Sr. Sarlat enjugóse con una mano los ojos mientras en la otra estrechaba los dedos de su esposa.

—¿No es verdad que es absurda, dijo haciendo un esfuerzo por sonreírse, esa manía de la gente de agobiar con felicitaciones á los padres infortunados que casan á sus hijas, obligándoles á dar las gracias, á saludar á sonreír? ¡Y esto precisamente en el momento en que se va el ser que era el encanto de nuestros ojos, el sol de la casa!

No pudo continuar, su voz extinguióse de pronto en su garganta, y por un instante pugnó por contener el raudal de lágrimas que acudía á sus ojos.

—¿Sabes lo que hace poco pensaba?, añadió de pronto.

La señora de Sarlat hizo un gesto negativo.

—Pues bien, pensaba, si lo pensaba formalmente, que si mi yerno se portase como me he portado yo, le rompería el alma...

—¡Calla!, exclamó su esposa tapándole brusca mente la boca con la mano, herida en lo más vivo de su alma por la humildad de aquella confesión. ¡Olvidemos esto!

El apartó suavemente aquella mano rozándola con sus labios.

—No, replicó con acento más firme resuelto á ir hasta el fin; no, déjame hablar... Mira, hay horas en que uno pasa revista de su existencia... Al ver á Susana abrirse de día en día como una flor, he comprendido qué cosa tan exquisita era una muchacha... y he pensado, con remordimiento que no puedo expresar, que un día me fué entregada, á mí, tan

indigno, otra Susana, tan perfecta, tan adorable como la de ahora... ¡Y yo, necio miserable, no he sabido hacerla feliz!

Ocultó el rostro entre sus manos, y mientras permanecía así inclinado, en actitud contrita, algo infinitamente dulce infiltrábase en el alma de su esposo.

¡Ah! ¡La vida era, pues, mejor de lo que ella había creído, desde el momento en que podía comenzarse

perceptible, sintiendo que el corazón se le ensanchaba en el estremecimiento del perdón.

Y permanecieron con las manos unidas, mientras la rosada claridad del crepúsculo inundaba la estancia.

LA RECONSTRUCCIÓN DE MESSINA

Pasados los primeros momentos de terror que los espantosos terremotos produjeron en Messina, renace á nueva vida la ciudad tan atrozmente castigada, y gracias á los esfuerzos de la población, á la poderosa ayuda del gobierno y á los cuantiosos donativos de todo el mundo, sobre las ruinas comienzan á alzarse los nuevos edificios.

Pero entre tanto, la población se alberga en viviendas provisionales, construídas de tablas, y se han edificado barrios enteros, debidos unos á la munificencia de los particulares ó de pueblos, y otros á la iniciativa de los mismos habitantes. Entre los primeros, merecen citarse el barrio ó aldea del emperador Guillermo II de Alemania, del que nos ocupamos en el número 1.418 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; los de la reina Elena de Italia y Norteamericano, y la aldea danesa que en la lámina de la página siguiente reproducimos. Entre los segundos, están el consulado de Grecia, único que no ha cesado ni un momento de funcionar, pues el cónsul señor Trombetta no ha salido de Messina; el restaurant «Venezia», el más concurrido y reputado en la actualidad; un establecimiento de modas adonde acuden las elegantes, pocas ó muchas, que aún quedan en la población para informarse de las últimas creaciones, y otros muchos de la misma importancia.

Y esos barracones no sólo se ven en los espacios de la ciudad que los terremotos respetaron ó que han sido descombrados, sino que además se extienden por la playa siciliana hasta cerca de Taormina, en donde afortunadamente no se dejaron sentir los efectos del cataclismo.

Una de las construcciones provisionales más grandes é importantes es la catedral, cuyas campanas están instaladas en la calle, pendientes de una viga sostenida por dos pies derechos. De la basílica antigua consérvase intacto el ábside, y su reconstrucción comenzará en breve.

Los servicios públicos se prestan con toda regularidad, y las industrias y el pequeño comercio contribuyen á dar animación á la nueva Messina; la gente hace, hasta cierto punto, su vida ordinaria, esperando que se restablezca la

normalidad en todas sus manifestaciones, lo que tardará sin duda mucho tiempo en realizarse, pues las ruinas y los escombros forman aún verdaderas montañas que, en algunos sitios, alcanzan la altura de un segundo piso.

Una de las cosas que más animan aquella ciudad arruinada es la afluencia de viajeros, á quienes lleva allí el deseo de contemplar *de visu* el espectáculo grandioso y terrorífico de los efectos causados por los terremotos.

Diariamente llegan á Messina varios buques llenos de turistas que se marchan por la tarde, satisfechos ya su curiosidad; al pronto, cuando desembarcan, esos excursionistas sufren una decepción, porque las macizas fachadas de la *Pallazata*, que se alzan á lo largo de los muelles y que han quedado en pie, parecen indicar que la catástrofe no fué tan espantosa como se ha dicho; mas no tarda en imponerse á sus ojos la triste realidad en toda su magnitud, representada por un conjunto inmenso de ruinas en que se confunden piedras, hierros, maderos, objetos de todas clases, todo roto, destrozado y mezclado sin duda con restos humanos que ha sido imposible desenterrar.—S.



La condesa de Warwick, retrato pintado por John S. Sargent

de nuevo y permitía que renacieran esperanzas y alegrías que parecían muertas!

Su misión no había concluído, sólo se había modificado; aún le quedaba alguien á quien sostener, consolar y amar... ¡Y qué noble orgullo sentirse digna, gracias á su larga paciencia, del triunfo que en aquel momento alcanzaba!.. En su consecuencia no se alzaba ni un mal recuerdo para rechazar el corazón arrepentido que ascendía hasta ella tan humilde, tan débil, tan suplicante...

Si el día había sido agitado, en cambio ¡cuánta calma, cuánta suavidad le tenía reservadas aquel atardecer!

Y esto diría á su hija si en alguna ocasión acudía á ella confiándole la ruina de su felicidad y pidiéndole consejo...

Fijó los ojos en los de su marido, y las miradas de ambos se juntaron al través de la niebla húmeda que las oscurecía.

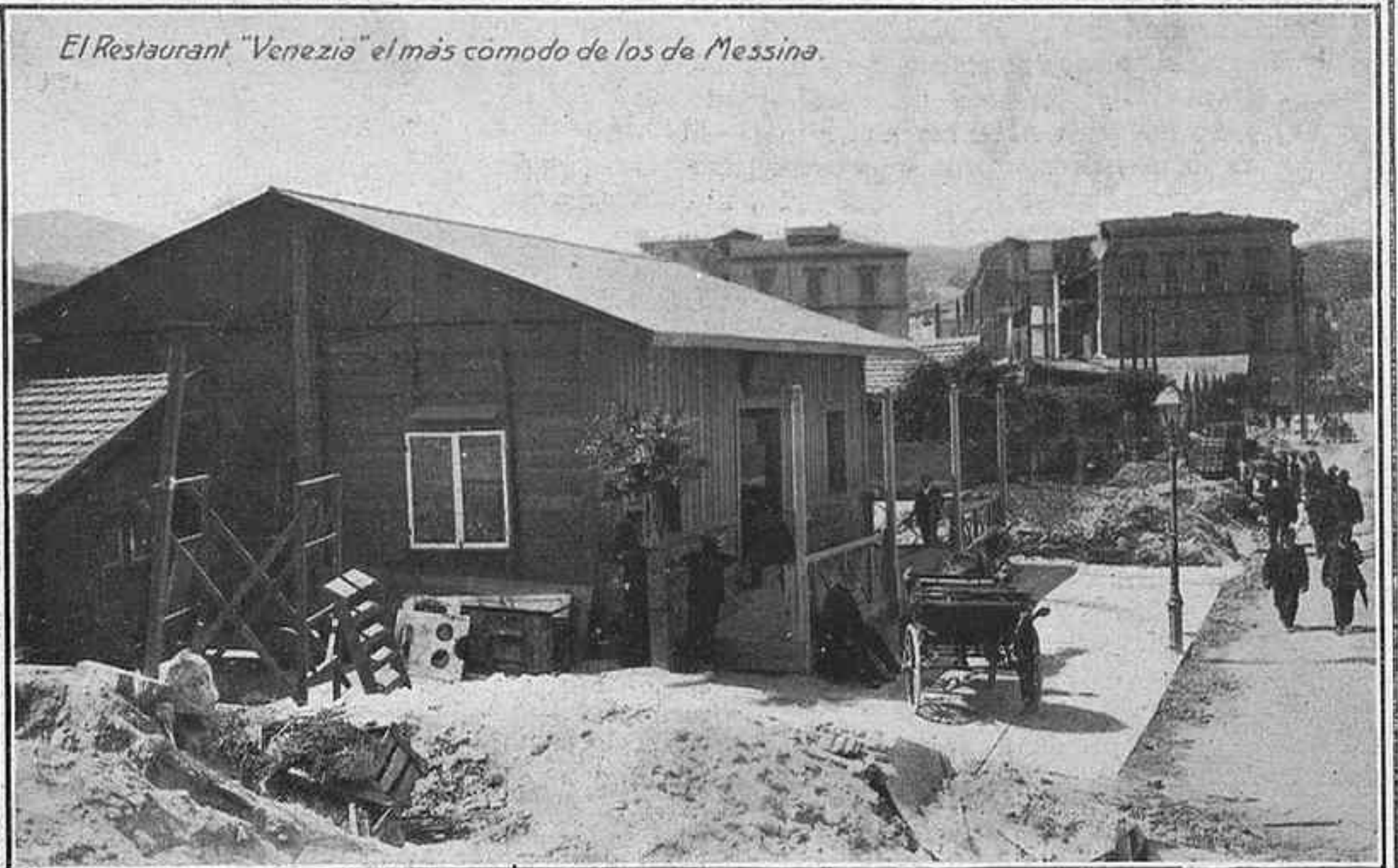
—¡Pobre amiga!, murmuró el Sr. Sarlat. ¡Qué va á ser de ti ahora que ella no está ya á tu lado!

Cariñosamente deslizo ella sus dedos entre los temblorosos dedos de su marido.

—¿No me quieres tú, acaso?, dijo en voz apenas



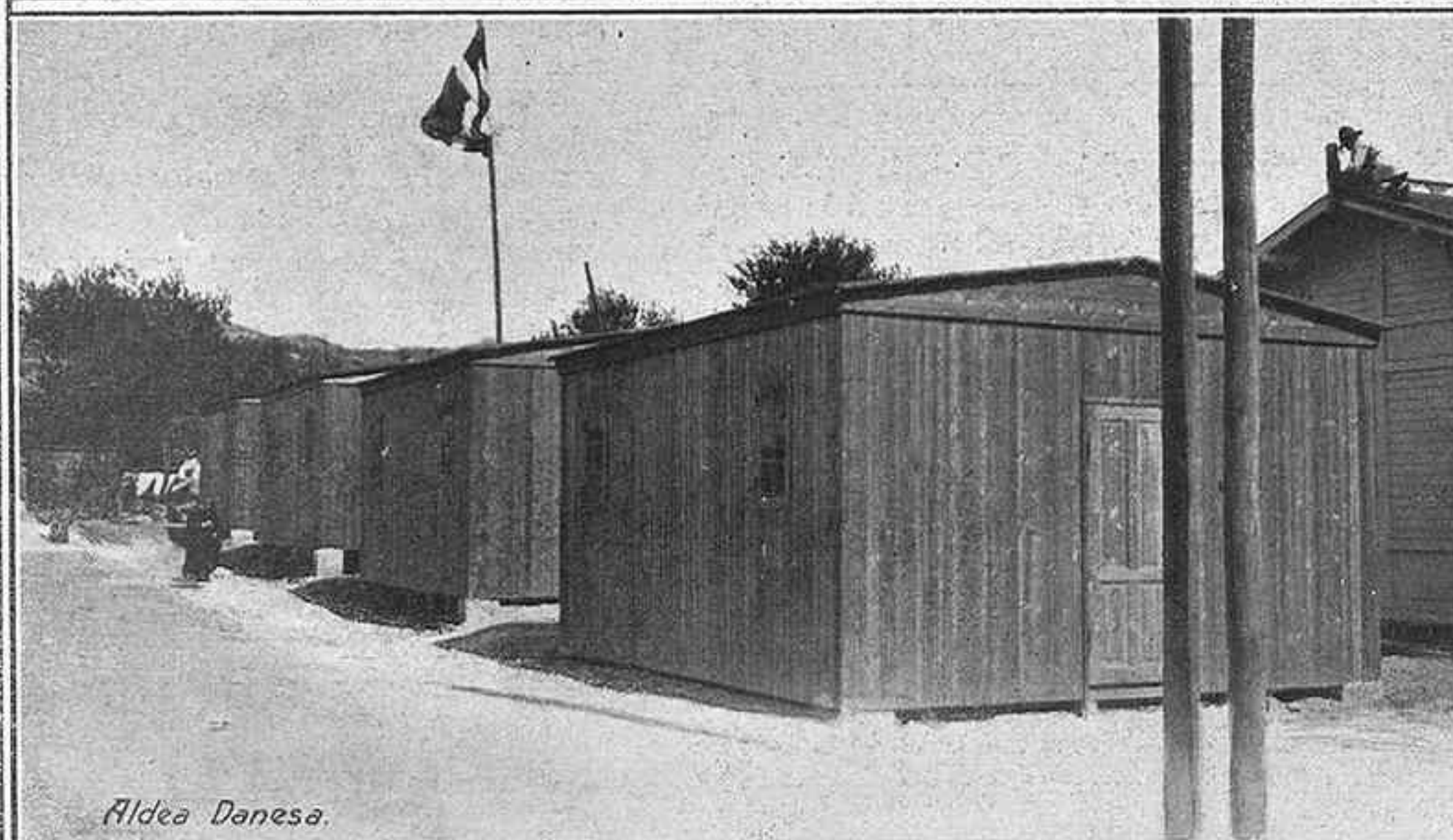
El consulado de Grecia.



El Restaurant "Venezia" el más cómodo de los de Messina.



Calle de la aldea "Reina Elena."



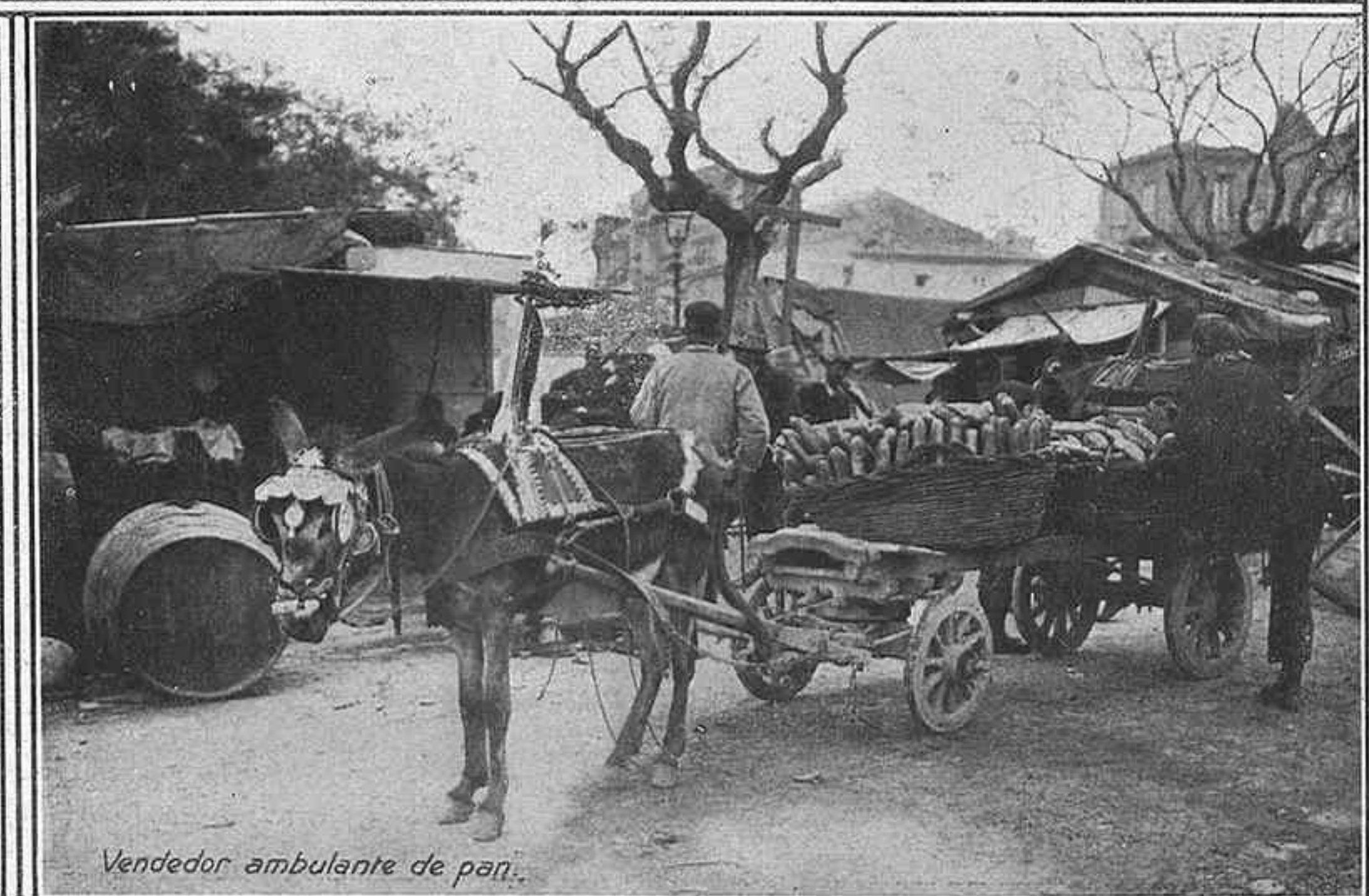
Aldea Danesa.



Barrio Norte-Americano.



La Catedral.



Vendedor ambulante de pan.

VISTAS DE ALGUNOS BARRIOS Y EDIFICIOS PROVISIONALMENTE CONSTRUÍDOS

LA EDUCACIÓN MILITAR EN ALEMANIA

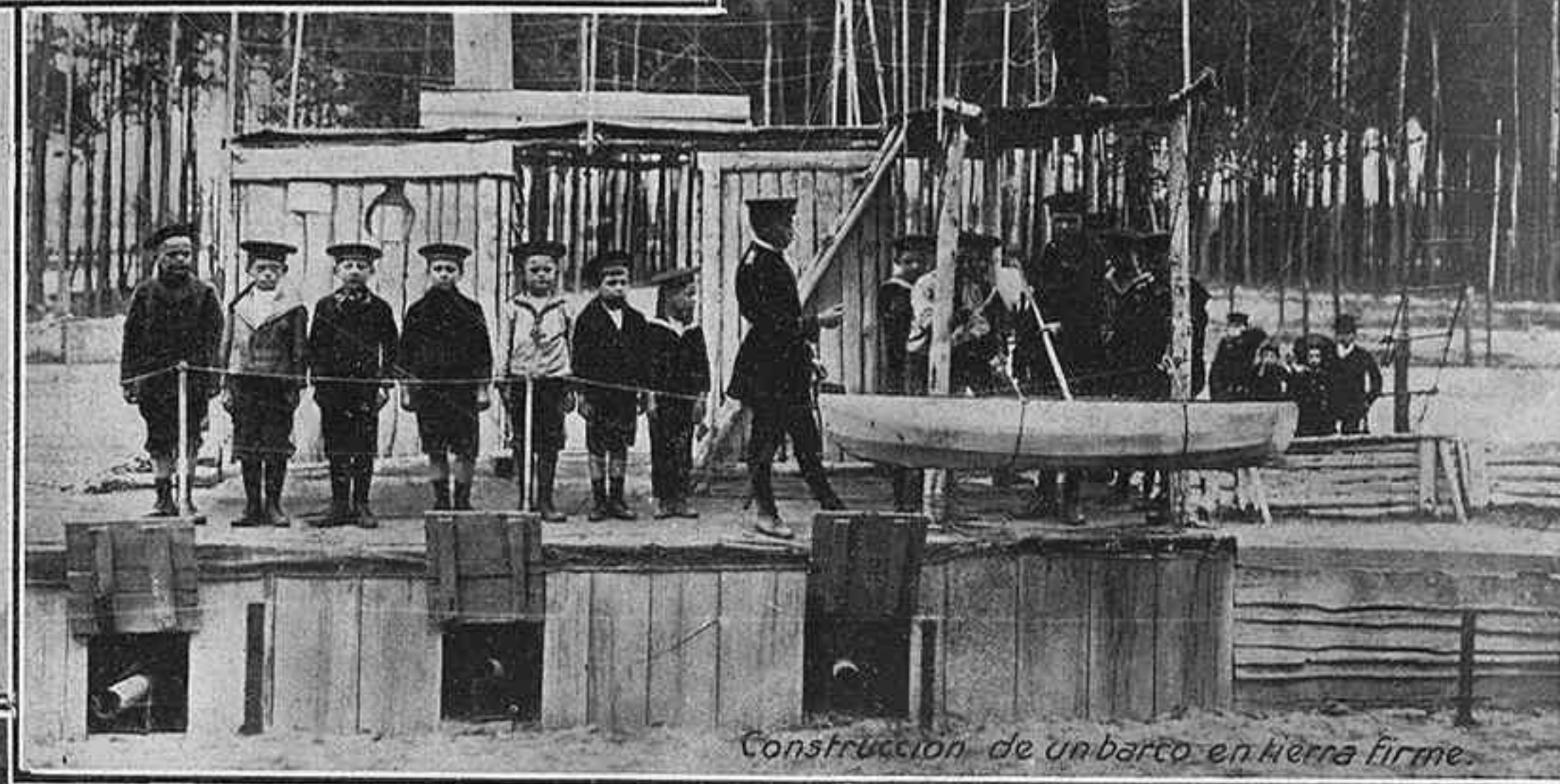
El imperio germánico es indudablemente la primera potencia militar terrestre en nuestros días. Desde hace más de medio siglo, ha venido trabajando sin descanso, primero para alcanzar esa superioridad, que puso tan de manifiesto en la guerra de 1870-71, y luego para conservarla. Ningún esfuerzo, ningún sacrificio le parecen bastantes cuando se trata de mantener y aumentar el poderío de sus armas; á su organización militar modelo todo lo supedita; todos los intereses del país ceden ante ese interés primor-



Batallón en marcha.



Tiradores en un terraplén.



Construcción de un barco en tierra firme.

dial para Alemania; todo está allí militarmente disciplinado, y todos, desde el emperador al último ciudadano, cifran su principal orgullo en esa supremacía, y ponen, cada uno de su parte, los medios necesarios para no perderla.

El militarismo se infiltra en todas partes, y hasta el socialismo alemán se diferencia del de otros países, del francés ó de una gran parte del francés, por ejemplo, en que, aun abominando de todo cuanto supone imperio de la fuerza, ha declarado repetidas veces que en caso de un conflicto internacional armado, luchará resueltamente en defensa de su patria.

Una nueva y elocuente manifestación de este espíritu es la sociedad de educación militar de la infancia, fundada hace poco en Berlín. No se trata de una escuela en que, á manera de deporte, se efectúen ejercicios militares, sino de una institución militar en toda regla, de la cual forman parte niños de doce años, debidamente uniformados y disciplinados

que, bajo la dirección de oficiales en activo servicio, realizan todas las operaciones de campaña que las tropas de verdad ejecutan en las más perfectas maniobras, según puede verse en las fotografías que adjuntas reproducimos. Basta observar las escenas que éstas representan para comprender que no se trata de un nuevo juego ó deporte infantil; los niños que en ellas



Explorador dando cuenta de su misión.

actúan de protagonistas están absolutamente poseionados de su papel y hasta diremos de la alta misión que desempeñan. ¿Qué no serán estos niños cuando lleguen á hombres?

La utilidad social de esta institución podrá ser muy discutida y hasta censurada, desde el punto de vista pedagógico moderno; pero nadie negará que responde admirablemente á las tendencias y al ideal de una gran parte, quizás de la inmensa mayoría, del pueblo alemán. Estas tendencias y este ideal podrían merecer justas censuras si, en vez de ser primordiales, fuesen exclusivos; pero ¿acaso no es Alemania una nación grande y poderosa en algunas y aun

en muchas y muy importantes cosas más que nada tienen que ver con el ejército y que constituyen la riqueza, el bienestar y el progreso de una nación? — R.

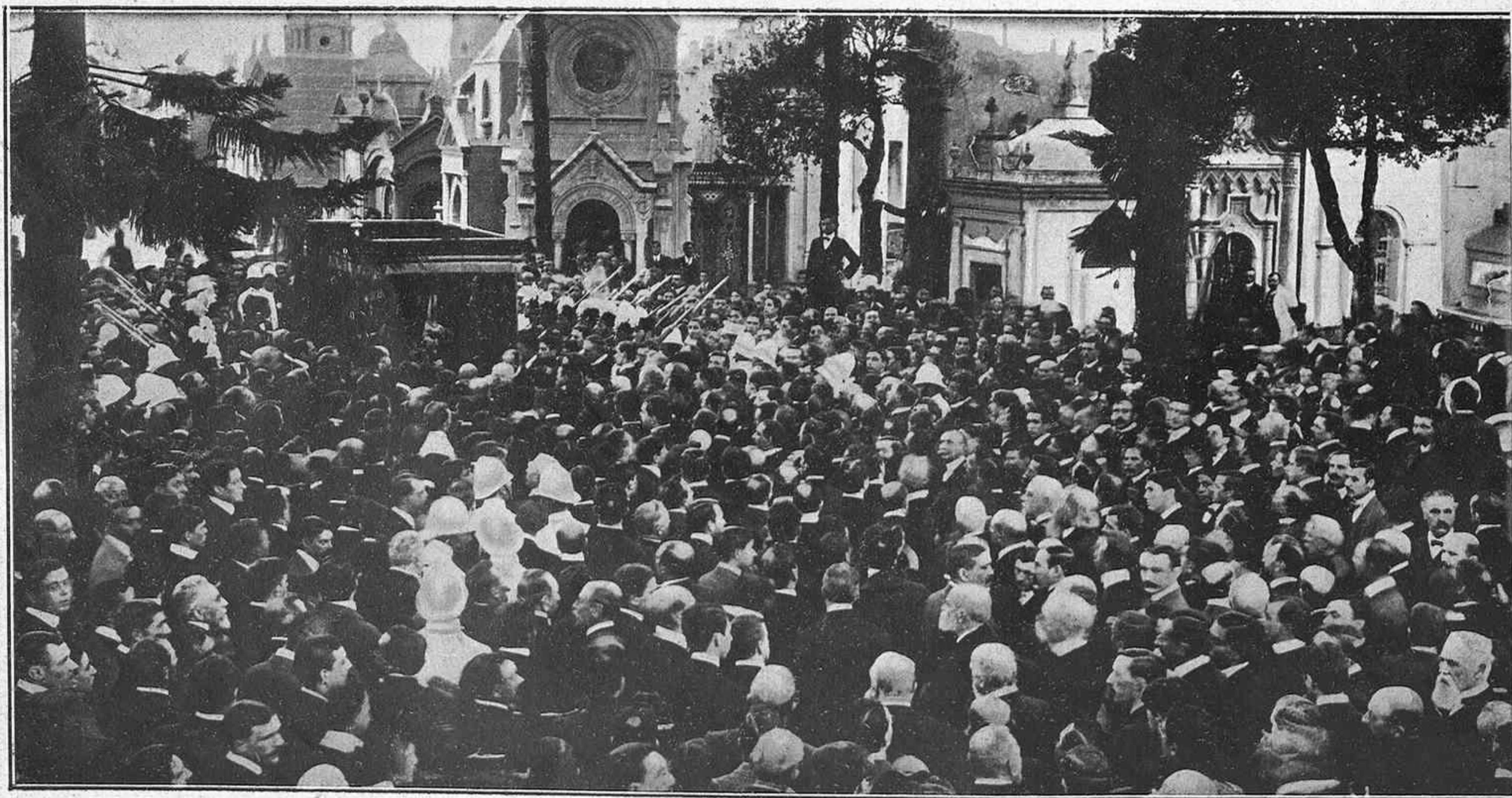
(Fotografías de Carlos Delius.)

PARÍS

ENTIERRO DE JUÁREZ CELMAN

Hace pocos días falleció en París el ex presidente de la República Argentina Dr. D. Miguel Juárez Celman; su entierro fué una gran manifestación de duelo, á la que se asoció el gobierno francés tributando al cadáver honores militares.

Juárez Celman había nacido en Córdoba (Tucumán) en 1847 y recibió el grado de doctor en Jurisprudencia en 1871. Apenas terminada su carrera, entró de lleno en la política activa, trabajando con tanta inteligencia como entusiasmo por el triunfo de las ideas liberales. En 1880 fué nombrado gobernador de la provincia de Córdoba, y al cesar en aquel cargo fué elegido senador. En 1886 vióse elevado á la presidencia de la República, habiendo sido su elección la primera que se efectuó en aquel país sin derramamiento de sangre. Cuatro años después, hubo de presentar la dimisión.



París.—Entierro del ex presidente de la República Argentina D. Miguel Juárez Celman. (De fotografía de Carlos Delius.)

COMPIEGNE.—FIESTAS EN HONOR DE JUANA DE ARCO.—EL CORTEJO HISTÓRICO.—EL TORNEO



Compiègne.—Fiestas en honor de Juana de Arco
El cortejo histórico; los trompeteros

El día 23 de mayo último celebráronse en Compiègne grandes fiestas para conmemorar la jornada histórica de la entrada de Juana de Arco y de Carlos VII en aquella ciudad (1429) después de la coronación del monarca en Reims.

Consistieron las fiestas en un cortejo histórico y un torneo, y la representación de los principales personajes que en uno y otro figuraban estaban representados por jóvenes de la más ilustre aristocracia francesa.

El cortejo desfiló por el orden siguiente: timbaleros, vanguardia montada, alabarderos, ballesteros, arqueros, sargentos de armas, regidores, heraldos, trompeteros, artillería, el rey de armas con su portestandarte, sus escuderos y sus pajes, y detrás de

él los caballeros que habían de tomar parte en el torneo con sus séquitos, las corporaciones con sus banderas, grupo de doncellas, músicos de la corte y por último el rey Carlos VII y Juana de Arco con su brillante acompañamiento. Los trajes, las armaduras, las armas, los estandartes, todo se ajustaba rigurosamente a los modelos de la época, y muchos de esos objetos eran auténticos, procedentes de museos y galerías de linajudas familias.

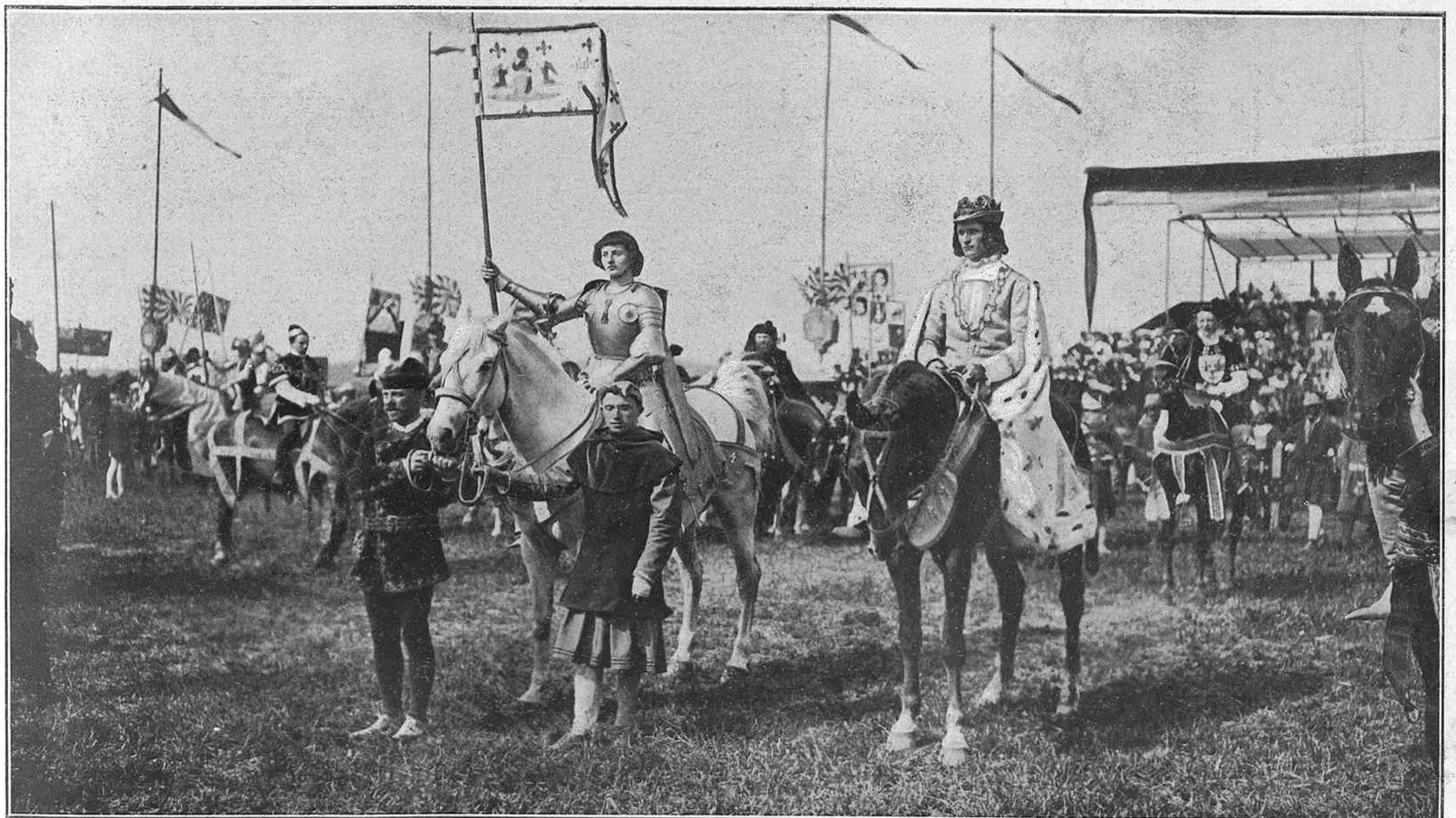
La comitiva, que ofrecía un aspecto deslumbrador, recorrió las principales calles de la ciudad entre una multitud inmensa, y se dirigió al campo cerrado de la llanura de Soissons, en donde había de efectuarse la segunda parte del programa, el torneo, al que precedió una Corte de amor, en la que se recitaron versos, se bailaron danzas y se cantaron canciones antiguas. Luego entraron en liza los caballeros armados de sendas lanzas, hasta que el toque de las trompetas anunció que había terminado el torneo. Entonces los justadores se agruparon y formaron, con las lanzas inclinadas, delante de Juana de Arco, que, erguida sobre el arzón, aceptaba sus homenajes.

Lo mismo el cortejo que el torneo fueron dos fiestas magníficas que valieron grandes y justos elogios a sus organizadores. Entre éstos merece especial mención el alcalde de Compiègne Sr. Fournier-Sarloveze, quien, sin arredrarse ante la magnitud del proyecto por él concebido, realizó el milagro de conquistar para su idea todas las voluntades y de lograr el concurso de todo el mundo, desde los más linajudos aristócratas a los más humildes artesanos.

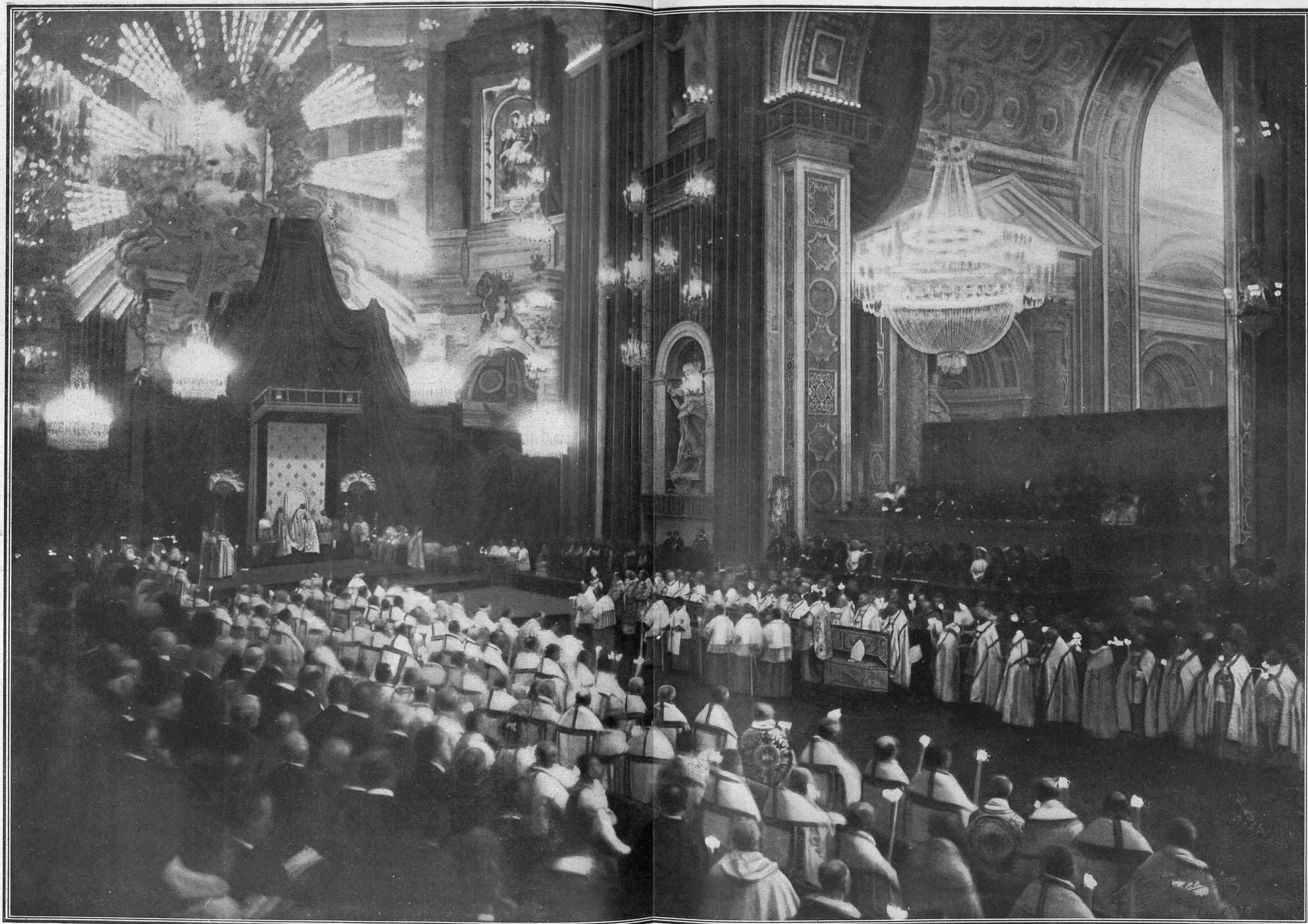
Las fiestas de Compiègne, aparte de su interés como espectáculo pintoresco, han tenido el atractivo de constituir una obra de beneficencia en favor de las Sociedades de socorros a los heridos militares. — T.



El cortejo histórico; los estudiantes



Juana de Arco (señorita de Baillencourt-Courcol) y el rey Carlos VII (vizconde de Jumilhac). (De fotografías de M. Branger.)



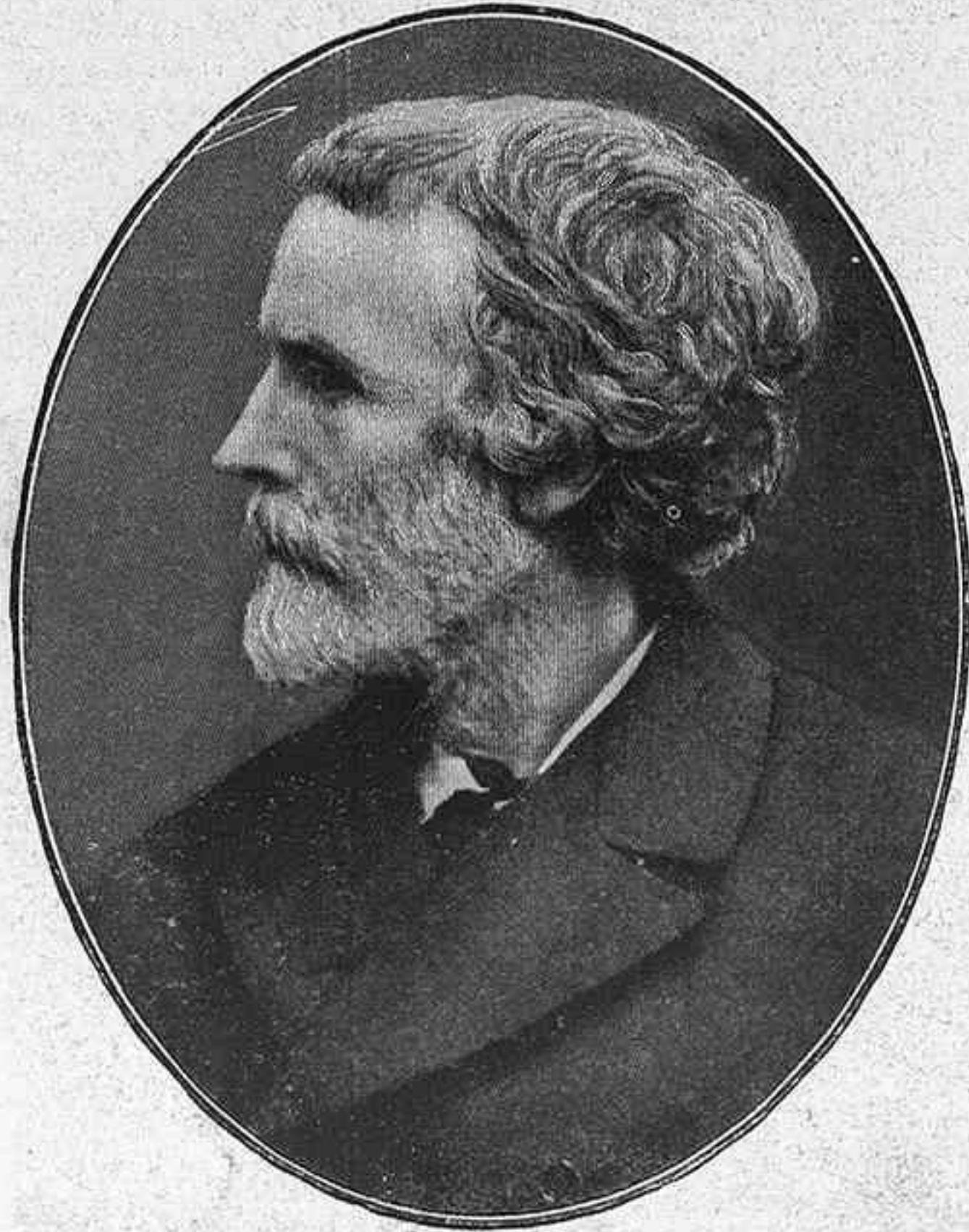
ROMA.—Solemnísima ceremonia de la canonización de los santos José Oriol, español, y Clemente Hofbauer, húngaro, en la Basílica de San Pedro el día 20 de mayo último
(De fotografía de Felici, comunicada por Carlos Abeniscar.)

JORGE MEREDITH

El eminente novelista inglés recientemente fallecido no llegó á conquistar la celebridad hasta la edad de cincuenta años, y después de haber producido multitud de obras admirables que durante mucho tiempo el público miró con indiferencia. Él, por su parte nada hizo para vencer este desvío; dijérase que, seguro de sí mismo, esperaba pacientemente que al fin se le haría justicia; soportando, entre tanto, con gran resignación varios males y sobre todo la pobreza, habiendo llegado á alimentarse, durante una temporada, de avena, de harina de trigo y de agua, y á ejercer varios oficios para ganar algún dinero que le permitiese dedicarse á sus trabajos literarios.

Con la indiferencia del público contrastaba la apasionada admiración de los artistas y literatos, que le animaba á proseguir en el camino emprendido de no hacer ninguna concesión á los gustos del vulgo. Al fin su genio se impuso, y el pueblo inglés acabó por consagrarle como una de sus glorias más legítimas.

Jorge Meredith ha muerto á la edad de ochenta y un años, dejando un gran caudal literario, en el que sobresalen *Sandra Belloni*, *Rhoda Fleming*, *Las aventuras de Harry Richmond*, *La carrera de Beauchamp*, *El egoísta*, *Los tragicómicos* y otras producciones de fama universal.



El eminente novelista inglés Jorge Meredith, fallecido en su quinta de Boxhill (Surrey) en 18 de mayo último

TARRAGONA. — CONGRESO AGRÍCOLA

Excepcional importancia ha revestido el XII Congreso Agrícola de la Federación Agrícola Catalana Balear, celebrado recientemente en Tarragona. A él han asistido, personalmente ó



Barcelona. — Homenaje á Guimerá. Damas americanas que entregaron al poeta el presente de la República Dominicana en la función de honor celebrada en el teatro de Novedades (De fotografía de Amer.)

Sres. Zulueta, Raventós, Barceló, Barnadas y Salat, y en la discusión de las mismas han intervenido las más altas representaciones de la agricultura en Cataluña.

La sesión inaugural fué presidida por el gobernador civil de la provincia Sr. García Alix, y en ella pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Martínez, alcalde accidental de Tarragona; Abadal (D. J.), presidente de la Federación; Plaia, representante de la Diputación Provincial de Barcelona; el canónigo Dr. Balcells; Elías de Molins, presidente del Consejo de Agricultura de Tarragona, y el Sr. García Alix.

La ciudad de Tarragona ha agasajado espléndidamente á los congresistas, disponiendo en su honor varios festejos.

HOMENAJE A GUIMERÁ

Al terminarse la función de gala que en honor de Guimerá se dió en el teatro de Novedades en la noche del 25 del mes pasado, mientras el poeta eximio, rodeado de los actores que habían representado su *Gala Placidia*, recibía una de las más grandiosas ovaciones que los anales de nuestros coliseos registran, una comisión de hermosas damas americanas, elegantísimamente ataviadas, subió al palco escénico para hacer solemne entrega del rico obsequio que al vate festejado hacía la República de Santo Domingo. Consistía el valioso presente en un magnífico tintero de plata y una pluma de oro con pedrerías, encerrados en artístico estuche de madera tallada.

El señor cónsul de la República Dominicana en Barcelona D. Enrique Deschamps, que tantas pruebas de hondo y sincero

afecto tiene dadas á nuestra ciudad, ofreció el presente á Guimerá en un elocuente y sentido discurso enalteciendo al poeta, señalando la importancia y trascendencia de su obra y expresando el entusiasmo con que la República Dominicana,

y con ella todas sus hermanas de la América del Sur, se asociaban al homenaje que Cataluña tributa á su poeta. Una ovación estruendosa coronó el discurso del Sr. Deschamps, á quien contestó con palabras llenas de emoción el Sr. Guimerá. El público que llenaba el teatro prorrumpió de nuevo en grandes aclamaciones y estruendosos aplausos.

Las damas á quienes antes nos referimos y cuyos retratos reproduce la fotografía adjunta son las señoras doña María R. de Gache, esposa del cónsul de la República Argentina; doña Julia M.^a Brache (las dos que en la fotografía están sentadas); las señoritas doña Altigracia Guzmán y doña Blanca Mejía; las señoras doña Dilia de Deschamps, esposa del cónsul de la República Dominicana; doña Juana Rodríguez, esposa del cónsul de Venezuela; doña Pilar Parellada de Jerovy, esposa del cónsul del Ecuador; doña Luisa D. Santamaría, esposa del vicedcónsul de la República Dominicana, y la señorita doña Vestina Santamaría.

ROMA. — CANONIZACIÓN DE LOS SANTOS

JOSÉ ORIOL Y CLEMENTE HOFBAUER

(Véase la lámina de las páginas 384 y 385.)

La importante ceremonia de la doble canonización, efectuada el día 20 de mayo último en la basílica de San Pedro, revistió una grandiosidad indescribible. Más de 50.000 personas llenaban aquel inmenso templo, adornado con grandes damascos rojos e iluminado por millares de bombillas eléctricas y por más de 150 arañas de cristal.

A las ocho en punto entró en la iglesia la comitiva pontificia, cuyo desfile duró más de una hora, y al aparecer el papa en la silla gestatoria, precedido de más de trescientos obispos y del Sacro Colegio, sonaron las famosas trompetas de plata, mientras los fieles, á quienes Pío X bendecía, agitaban los pañuelos y los cantores entonaban solemnes himnos.

Sentado el papa en el trono, el cardenal procurador de la Canonización pidió que se dignara inscribir en el catálogo de los Santos á los beatos José Oriol y Clemente Hofbauer; y Pío X, después de implorar el divino auxilio y la asistencia del Espíritu Santo, y de haber rezado, mientras la capilla cantaba el *Miserere*, entonó el *Veni Creator*. El cardenal procurador repitió la fórmula peticionaria, y S. S. decretó la canonización, entonando luego el *Tedum* y dando la bendición papal.

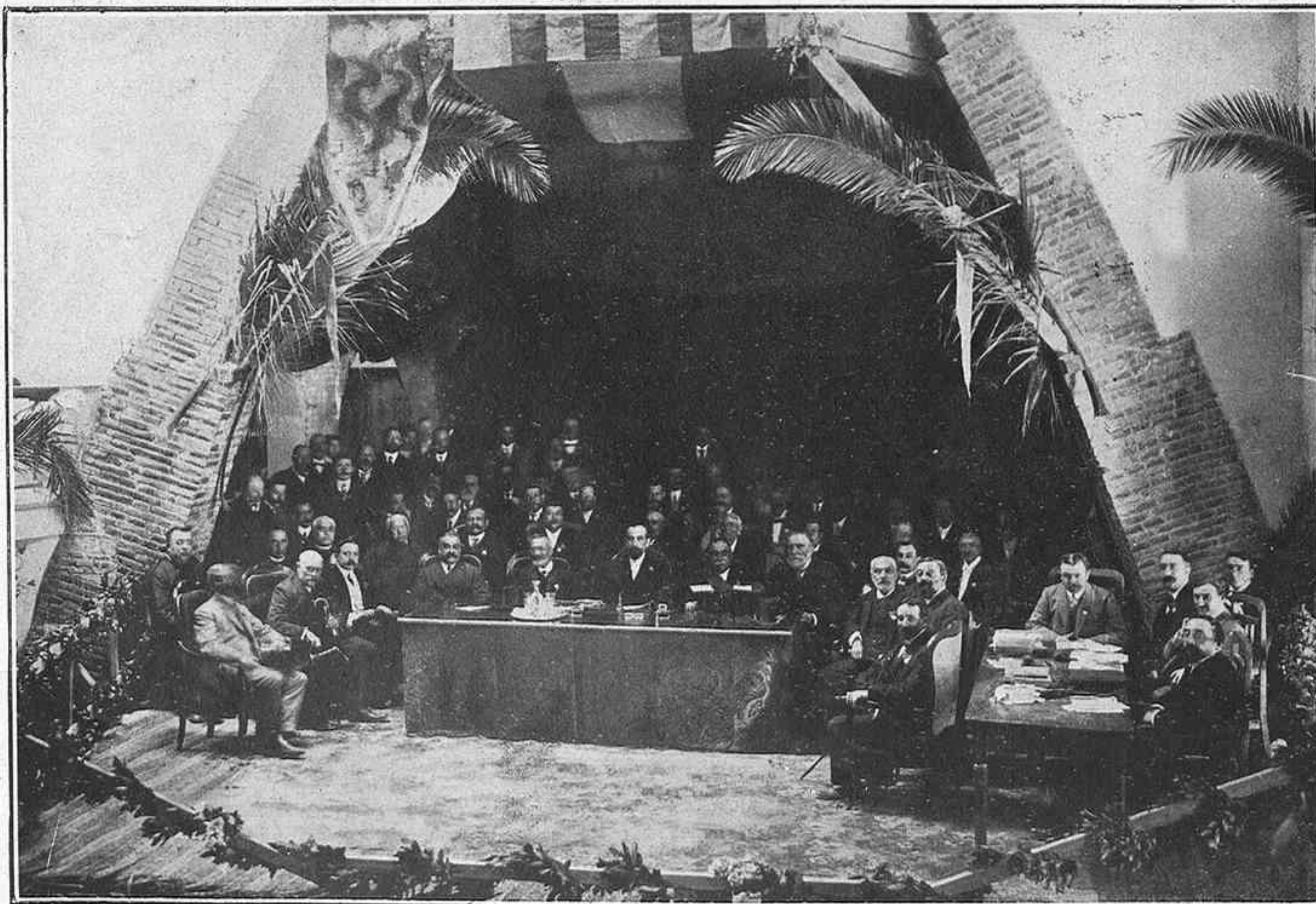
Después el papa ofició de pontifical, y terminado el oficio, formóse de nuevo la comitiva, que regresaba al Vaticano á las doce y media.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito *Divorcio d'animes*, drama en cuatro actos de Barrié, traducido del inglés por E. Franquesa Bach.

Han terminado sus temporadas las compañías dramáticas catalanas del Principal, Komea y Novedades y la dramática italiana del eminente Garavaglia, que funcionaba en el Eldorado, y han comenzado la temporada de verano, en Novedades la notable compañía de la Comedia de Madrid, de la que forman parte el actor Sr. Santiago y la actriz señorita Suárez, y en el Eldorado la de la señora Tubau, en la que figura como primer actor el Sr. Morano.

Palau de la Música Catalana. — El eminente violinista Juan Manén ha dado dos conciertos en los cuales ha ejecutado magistralmente obras de Mozart, Max Bruch, Beethoven, Mendelssohn, Bach, Schubert, Schumann, Bazzini, Sarasate, Chopin y Paganini y algunas composiciones originales suyas, unas con acompañamiento de orquesta dirigida por el maestro Millet y otras con acompañamiento de piano por la señorita Creixell y el Sr. Buxó. El Sr. Manén fué objeto de continuas y entusiastas ovaciones.

En el propio Palau ha dado un concierto la notable pianista y violinista Onia Farga, que tocó en el piano piezas de Bach, Beethoven, Chopin y Saint-Saens, y en el violín, acompañada al piano por el Sr. Dodero, obras de Beethoven, Corelli y Wienawski, habiendo sido premiada en unas y otras su primorosa interpretación con calurosos aplausos.



Tarragona. — Inauguración del XII Congreso agrícola de la Federación Agrícola Catalana Balear, que ha celebrado sus sesiones en el salón del Patronato del Obrero (De fotografía de Brangulí.)

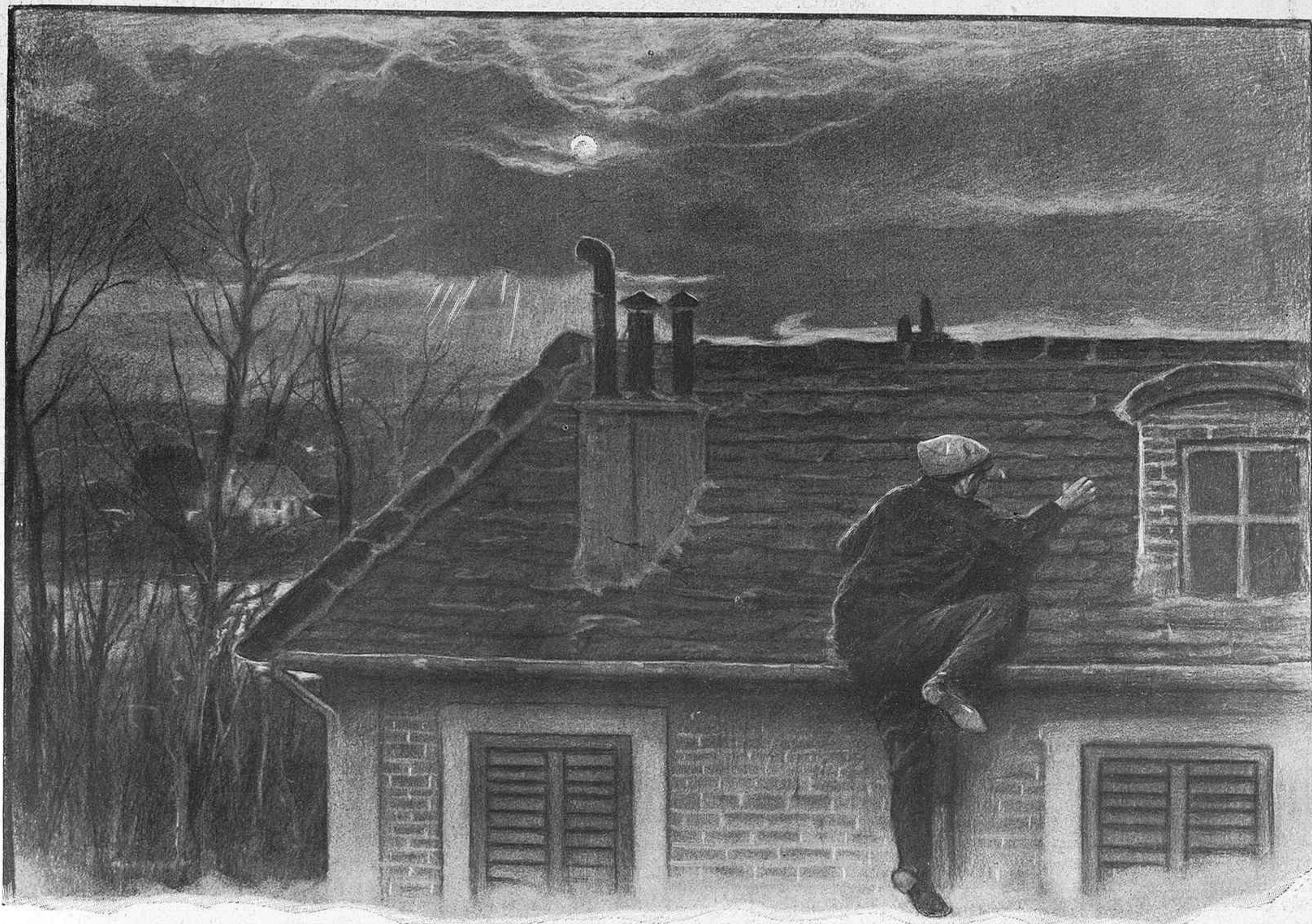
por representación, todos los agricultores catalanes, y en él se ha debatido temas de gran interés para la agricultura en general y especialmente para la de esta región. Las ponencias han estado confiadas á especialistas tan reputados como los

ro afecto tiene dadas á nuestra ciudad, ofreció el presente á Guimerá en un elocuente y sentido discurso enalteciendo al poeta, señalando la importancia y trascendencia de su obra y expresando el entusiasmo con que la República Dominicana,

LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



El marido de Juana trepó por la tubería hasta la techumbre

Esto trastornaba completamente las ideas del miserable. ¡Había dejado á su esposa en vísperas de ser madre!.. ¿Qué había pasado?.. ¿La criatura había muerto al nacer?.. ¿Cómo averiguarlo?..

Permanecer en el país, esperar la ocasión de encontrar á Juana y hablarla, no era prudente. Hubiera querido saber antes la verdad. Por otra parte, los recursos de Luciano eran escasos y no le quedaba ya gran cosa de la pequeña cantidad cobrada en Saint Denis. Hacía falta dinero para continuar sus averiguaciones, y resolvió recurrir á los servicios ofrecidos por Griffonnier. Si podía sacar partido de los valores que tenía en su poder, volvería y acabaría por saber la verdad respecto al niño.

Al día siguiente de su regreso á Saint Denis, Luciano acababa de sacar sus títulos del escondrijo de la chimenea, cuando Griffonnier, avisado por carta, entró en el cuarto.

—¿Qué hay de nuevo?, preguntó el ex pasante.

—Vas á ver, contestó Luciano, decidiéndose á pesar de todo con gran sentimiento á confiar su secreto á otra persona.

—¡Ah, farsante!.., dijo con sorna Griffonnier. Ya sabía yo que acabarías por desembuchar.

—Pues bien, sí, confesó de mala gana el sutil ladrón.

—¡Oh, no te enfades!, replicó vivamente el licen-

ciado. Es una broma. ¿Entonces se trata de los valores?.. ¿Ves cómo no me engañaba?.. Ya había yo comprendido que eras maestro en el arte y demasiado ladino para no haber ocultado hábilmente el género antes de dejarte echar el guante. ¿Entonces has encontrado tus papeles en su sitio?.. Me alegro, hombre, me alegro. Se venderán y sin peligro, yo te respondo de ello. ¡A ver, á ver!..

Luciano desplegó los títulos sobre la mesa y Griffonnier los hojeó rápidamente.

—Todo es bueno, declaró; miel sobre hojuelas... todo al portador.

—¿Cuánto crees que se puede sacar?, preguntó Luciano.

—¡Ah! Eso depende... contestó el ex pasante. Ya comprendes que esto no puede venderse en Bolsa ni en las casas de cambio, y que el que haga el negocio no va á pagarte esto al curso del día.

—Ya me lo figuro, dijo el marido de Juana; pero á tu juicio...

Griffonnier sacó un periódico del bolsillo, y hojeando los valores, al mismo tiempo que seguía con el dedo las cotizaciones en Bolsa, hacía mentalmente un cálculo.

—Hay aquí, dijo al fin, por unos sesenta mil francos de títulos. Si te ofrecen veinte mil, acéptalos en seguida.

—¡Veinte mil!, exclamó Luciano; ¡nunca! ¡Oh, por tan poco no los cedo!

—Yo te doy simplemente mi apreciación, dijo el ex pasante. Puede ser que saques más. Se discutirá. ¿Quieres venir en seguida?

—Vamos, contestó el hermano de Edmundo.

Los dos hombres tomaron el tranvía de París y se apearon en el bulevar de la Capelle.

Sin vacilar un momento, Griffonnier, guiando á Luciano, tomó la calle de Tánger y luego la de Curial, y detuvo á su camarada delante de una casa baja, de miserable aspecto.

—Aquí es, anunció. No es tan magnífico como el Crédito Lyonés, pero no importa.

Luciano siguió á su guía por un pasillo obscuro, al fondo del cual encontraron una escalera vagamente alumbrada por un tragaluz.

—¿No hay portero?, preguntó Luciano.

—No; el dueño se sirve á sí mismo de portero, y es á su casa adonde vamos.

Los dos licenciados de presidio subieron pronto la escalera que conducía al primer piso.

En el rellano, donde casi se veía claro, había una puerta provista de un ventanillo enrejado.

Un viejo pie de cabra, tan pelado que no quedaba ya más que el hueso, colgaba de un cordel al lado de la puerta.

Griffonnier tiró de él.

Al cabo de un rato relativamente largo, abrióse el ventanillo y una voz preguntó:

—¿Qué se les ofrece?

—¿El Sr. Atanasio?, dijo Griffonnier.

—Yo soy, contestó la voz. ¿En qué puedo servirles?

—Se trata de un negocio, anunció el ex pasante.

Y añadió en voz más baja, acercándose del todo al ventanillo:

—Venimos de Etampes. Nos envía Landret.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—Esperen un instante, repuso la voz. El ventanillo volvió á cerrarse.

—¿Quién es ese Landret?, preguntó Luciano.

—Es el que me enseñó la artimaña, de quien te hablé; el contador de las pantallas en la «casa grande.» Parece que es uno de los clientes del tío Atanasio, y uno de los buenos.

La puerta se entreabrió.

—Pasen ustedes, dijo sin dejarse ver el hombre que había hablado por el ventanillo.

Los dos licenciados se colaron dentro y penetraron en un corredor húmedo.

Allí se encontraron en presencia del que iban á ver.

El Sr. Atanasio era un hombre de corta estatura, y hubiera sido muy difícil darle una edad exacta; lo mismo podía tener cincuenta años que sesenta. Bajo un gorro de terciopelo pasaban largos cabellos grises, y sin embargo, había mucha viveza en los ojos y bastante desenvoltura en los movimientos del misterioso personaje. Era algo barrigudo; llevaba una americana de grueso paño azul, y el conjunto del individuo podía dar la impresión de un pequeño comerciante cuyos negocios prosperaban.

—Vengan ustedes, invitó lacónicamente.

Al extremo del corredor había una gran pieza, amueblada únicamente con una mesa y unas cuantas sillas de paja. En las paredes no había más adorno que un mapa de Europa amarilleado por el tiempo, y en la chimenea una palada de coque que se consumía lentamente.

—Siéntense, dijo el Sr. Atanasio indicando sillas á los dos hombres, que examinó con ojos expertos. Él se sentó detrás de la mesa.

—¿Dicen ustedes que vienen de parte de Landret?, preguntó.

—Él fué quien me dió la dirección de usted, declaró Griffonnier; nos dijo que podíamos venir á ver á usted con toda confianza.

—¿Entonces estaban ustedes allí juntos?

—Aún no hace ocho días que hemos salido, contestó el ex pasante.

—¿De qué asunto se trata?

—De un pequeño negocio de su competencia, señor Atanasio.

—Bueno; vamos á ver, ¿de qué se trata?

—Verá usted, dijo Griffonnier. Se trata de algunos papeles que quisiéramos vender.

—¿A verlos?, preguntó el encubridor alargando ya la mano.

Luciano sacó del bolsillo el fajo de títulos y los puso sobre la mesa, junto á la cual permaneció.

El Sr. Atanasio repitió la misma operación que Griffonnier había hecho en Saint-Denis, pero no tuvo necesidad de recurrir á ningún periódico para conocer las cotizaciones.

Murmuraba algunas palabras y cifras examinando los valores, y sacó del cajón de su mesa un pequeño *carnet* cubierto de jeroglíficos, que compulsó largo rato.

—¡Calla, calla!, exclamó de pronto deteniendo el dedo sobre una columna de cifras; es lo del Crédito Lyonés... Ya me figuraba yo que el mejor día estos papeles vendrían á parar aquí. Hace tres años, ¿verdad?

—Efectivamente, contestó Griffonnier en vez de su camarada, que parecía un poco desconcertado y no sabía qué contestar.

—¡Oh!, dijo el Sr. Atanasio bruscamente jovial; desde el momento que ha venido usted á verme, no tenga usted empacho; puede hablar con entera libertad... ¡Buen golpe, amigo mío!.. Pero no va á ser fácil vender todo esto... ¡Tres años!.. Son pocos años los transcurridos. En fin, allá veremos... ¿Cuánto quiere usted por el paquete?

—Pero..., contestó Luciano indeciso, yo no sé... Esto debe valer de cincuenta á sesenta mil francos.

El Sr. Atanasio replicó con una risita sardónica:

—En Bolsa, no digo que no. Todos son iguales... Vaya usted á la Bolsa, á ver...

—Ya sé, dijo Luciano, que pesa oposición sobre estos títulos y que, por consiguiente, son de difícil colocación; por esto consentiré en desprenderme de ellos á un precio ciertamente inferior..., y creo que al cederlos por la mitad...

El encubridor no le dejó terminar.

—¿Treinta mil?... ¿Usted quiere treinta mil?, exclamó. ¡Está usted fresco!

Griffonnier creyó deber intervenir.

—Sin embargo, dijo él, son buenos valores.

—¡Treinta mil!, repitió el encubridor. ¡Pero si nunca podremos sacar esa cantidad!

—Entonces, ¿cuánto?, preguntó Luciano, á quien aquel regateo impacientaba ya.

—Oiga usted, joven, declaró el Sr. Atanasio, es usted el que dió el golpe, ¿verdad? Está usted á la

altura y es posible que nos volvamos á ver. Así es que quiero hacer algo por usted. Le doy quince mil. Esta vez el que se rió fué Luciano.

—¡Oh, usted no habla en serio!.., dijo. ¡No es ni la cuarta parte!..

—Pues busque usted quien le dé más, dijo el encubridor haciendo ademán de devolver los títulos. Vaya usted al Banco del Mercado de vinos, añadió en son de burla.

Luciano, hastiado, había ya puesto la mano sobre los títulos, cuando Griffonnier exclamó:

—Vamos, no es cuestión de broma, Sr. Atanasio; hay que ultimar este negocio. Dé usted veinte mil, entonces.

El Sr. Atanasio parecía reflexionar, pero sus ojos espían la fisonomía de su cliente.

Luciano pensaba en aquel momento que sólo le quedaban algunos lises, y se preguntaba con ansiedad cómo podría hacer frente á los gastos necesarios para sus investigaciones.

Maquinalmente había arrollado los títulos y se disponía á metérselos en el bolsillo, cuando el encubridor le detuvo.

—Oiga usted, dijo. No quiero que haya venido usted en balde; pongo tres mil más. Es todo cuanto puedo hacer... No crea usted que esto sea fácil de negociar... Y además, ¿ha considerado usted la responsabilidad que asumo?.. Diez y ocho mil, ni un céntimo más.

El marido de Juana cambió una mirada con Griffonnier, y á una señal de éste, volvió á poner el rollo sobre la mesa.

—Sea, dijo; es al contado, ¿no es cierto?

—¡Siempre!, contestó el encubridor levantándose. Esperen ustedes un momento.

El Sr. Atanasio pasó á una pieza inmediata y volvió en seguida con algunos billetes de Banco y rollos de monedas de oro, que destripó sobre la mesa.

—Cuenta, dijo encerrando los valores en su cajón. A la vista de aquel dinero que era suyo ahora, Luciano experimentó como una reminiscencia de su pasión por el juego. Aquellos billetes y aquellos lises esparcidos sobre el tapete verde de la mesa le abrasaban los dedos, y sus manos se agitaban con un temblor nervioso.

—Esto es, declaró después de haber contado.

—Entonces, hasta otra, invitó el encubridor poniendo bruscamente fin á la entrevista y acompañando á los dos licenciados hasta la puerta, que volvió á cerrar vivamente tan pronto como hubieron pasado el umbral.

—¡Viejo más canalla!.., refunfuñó Griffonnier una vez en la calle. Es una desdicha necesitar de esa gente.

—No hace mal negocio, dijo el marido de Juana.

—En fin, concluyó filosóficamente el ex pasante, más vale esto que nada.

—Volvámonos á Saint-Denis, dijo Luciano. Quiero darte algo por tus molestias; pero no sería prudente sacar dinero en público.

—Está claro.

Una vez en su cuarto, Favreuse separó tres billetes de mil y se los entregó á su camarada, que se los guardó dándole las gracias.

—Si me necesitas otra vez, para cualquier cosa, dijo Griffonnier, avisa. Dirección constante; la taberna de la isla.

—No digo que no, contestó Luciano. Tengo un negocio del cual quizá te hablaré, si no marcha como deseo.

—A tus órdenes.

Los dos amigos se separaron con un apretón de mano.

Provisto ahora de los recursos necesarios, el miserable estaba resuelto á ponerse inmediatamente en campaña para saber lo que había pasado después de su detención y descubrir qué había sido de la criatura que Juana estaba próxima á dar á luz.

De pronto se le ocurrió una idea.

«El alumbramiento debió ocurrir un día ó dos después de mi prisión... Seguramente declararían el nacimiento en la oficina del registro civil... Vivo ó muerto, allí sabré algo.»

Al día siguiente, Luciano fué á la alcaldía de Meudon y pidió, con el derecho que asiste á cualquiera, comunicación de las partidas de nacimiento del año 1878.

Hojeó el registro sin encontrar su nombre, y se pintó en su rostro una angustiosa sorpresa.

«A ver—pensó;—quizá he saltado una hoja.»

Y buscó de nuevo.

De pronto llamó su atención un nombre anotado al margen.

«¡Laroche!.. ¡Jenny Laroche!..—murmuró.—¡Cosa más singular!»

Leyó la partida que tenía á la vista, donde se de-

claraba el nacimiento de Jenny, hija de Juana Laroche y de padre desconocido. La indicación de la casa no podía dar lugar á duda alguna.

La estupefacción de Luciano llegó al colmo.

«¿Por qué de padre desconocido?—se preguntó sin comprenderlo.—¿Por qué Juana no dió más que su nombre?»

Allí había un misterio que el miserable trataba en vano de descifrar.

Leyó la partida hasta el fin y vió las firmas de los testigos. En aquel punto le esperaba otra sorpresa.

La partida estaba firmada por dos nombres desconocidos, acompañados de éste: Magdalena Rollinet, comadrona, calle de Fleury, 17, Val-Meudon.

«¡Magdalena Rollinet!..—balbuceó Luciano atónito.—¡El nombre de mi madre!.. ¡Ah, sería el colmo de la extrañeza!.. ¡Si fuese ella, sin embargo!..»

Copió sobre su *carnet* la dirección de la comadrona y salió de la alcaldía diciendo:

«Es preciso que yo salga de dudas en seguida.»

XVIII

MADRE É HIJO

La señora de Favreuse, la madre de Edmundo y de Luciano, despedida para siempre por su marido con motivo de su audaz visita á la calle de las Abadesas, había vivido largo tiempo de expedientes, y gracias á su carencia absoluta de escrúpulos y á la ingenuidad de sus combinaciones ilícitas, no había conocido nunca la miseria.

Había que descartar definitivamente la esperanza de encontrar una nueva víctima tan complaciente como el antiguo amigo de su esposo; y los precarios recursos de que la ex comadrona disponía se agotaron rápidamente.

Hasta llegó un momento en que la madre de Luciano y de Edmundo se vió obligada á huir definitivamente de todas sus relaciones á fin de no ver á sus amigas apartarse de ella.

Veíase reducida en breve plazo á los expedientes, y poco tranquila respecto al Sr. Laroche, cuya legítima indignación presentía, resolvió desaparecer, salir de París y decir adiós á la vida de placeres que hasta entonces había sido la suya.

Obligada por la necesidad, la señora de Favreuse acordó de su antigua profesión. ¿No era comadrona? ¿No poseía un título que le permitía ejercer?

Tomó, pues, la resolución de utilizar sus conocimientos.

Reunió á duras penas algunos recursos, los últimos; vendió, aunque con gran sentimiento, el mobiliario de su elegante piso, y después de algunas averiguaciones, vino á tomar, en Val Meudon, bajo su apellido paterno de Rollinet, la sucesión de una vieja comadrona que desde hacía veinticinco años ejercía en el país.

Las maneras distinguidas de la antigua gran señora la favorecieron desde un principio, y como, por otra parte, la competencia era casi nula y la clientela muy buena en aquel valle numerosamente poblado de lavanderas, la madre de Edmundo y de Luciano no tardó en ganar dinero, y estimulada por el éxito, consagróse enteramente á su profesión, olvidando de día en día su antigua vida mundana.

Al principio de su nueva existencia, quiso estar al corriente del movimiento parisiense, procurándose la platónica satisfacción de seguir en los periódicos las fiestas, los estrenos, todo lo que constituye la vida ficticia de las ricas desocupadas. Pero pronto le cobró odio á aquella existencia frívola de que ya no podía gozar, y abandonó totalmente la lectura de los periódicos, que hacía revivir demasiado la amargura de sus recuerdos.

Desde aquel momento pidió exclusivamente á los autores mundanos, á los psicólogos de gabinete, á la literatura ligera, el pasto intelectual que á veces reclamaba su espíritu.

La comadrona ocupaba, en la calle de Fleury, un pisito compuesto de cuatro piezas y una cocina. De la primera, que daba á la calle, había hecho una especie de salón, donde recibía á sus clientes y daba algunas consultas; otra le servía de cuarto dormitorio, separado por un pequeño comedor, y había otro cuarto reservado á las pensionistas que se pudiesen presentar; pero este caso era muy raro, porque á las obreras del campo les repugna dar á luz fuera de casa. Una mujer del barrio iba todos los días á hacer la limpieza, las provisiones y una cocina abreviada.

Aquel día, la criada á jornal, terminado su trabajo, acababa de salir, y madama Rollinet, sentada junto al fuego, se disponía á continuar la lectura de una novela empezada la víspera, cuando sonó un campanillazo en la puerta del piso.

«¿Se habrá agravado la señora Briot?»—se dijo la comadrona, pensando en una cliente asistida por ella dos días antes.

Levantóse vivamente y fué á abrir.

Y estalló un grito.

—¡Mamá!

La comadrona retrocedió un paso bajo el golpe de una emoción y de una sorpresa violentas. Se hallaba en presencia de un hombre á quien no reconoció de pronto, en la penumbra del corredor.

El recién llegado había entrado ya, y madama Rollinet exclamó á su vez tendiendo los brazos:

—¡Luciano!.. ¡Tú!.. ¡Hijo mío!..

Madre é hijo se unieron en un prolongado abrazo.

Luciano de Favreuse había adorado siempre á su madre, de la cual había sido el hijo predilecto y que había tenido para con sus vicios una debilidad culpable.

La madre amaba también á aquel hijo en quien se veía retratada, con sus propios gustos, su carácter personal y hasta sus defectos.

—¡Qué sorpresa!.. ¿Cómo has descubierto?.. preguntó la señora de Favreuse cuando Luciano se hubo sentado delante de ella.

—¡Ah! Es una historia algo larga, murmuró el hermano de Edmundo. Te lo voy á explicar. Pero desde luego déjame que te diga... ¿Sabes que me casé?

—¿Estás casado?.. exclamó con sorpresa la señora de Favreuse.

—Hace ya cuatro años... No sabía dónde te encontrabas y te busqué durante mucho tiempo, por todas partes, sin lograr siquiera tener noticias tuyas. Me encontraba solo... mi padre había muerto... Edmundo estaba en Inglaterra...

La comadrona se estremeció.

—Tu padre ha muerto!.. interrumpió ella desconcertada por esta noticia.

—¿No lo sabías?

—No, confesó la señora de Favreuse con voz sorda.

—Mi padre se mató, dijo Luciano.

—¿Se suicidó?.. ¿Es posible?..

—¿Sabes que mi padre estaba enfermo?.. Tenía una afección cardíaca que determinaba en él pensamientos sombríos; además, los negocios iban mal... En una palabra, le entró el desaliento, la desesperación y...

Hubo un rato de silencio.

—¿Y Edmundo, has dicho, no está en Francia?, preguntó la señora de Favreuse alzando los ojos hacia su hijo.

—No... Edmundo, después de haber pasado algún tiempo en Inglaterra, marchó á América donde se encuentra todavía... Me encontré, pues, solo, y entonces me casé, y gracias á esta particularidad me ha sido dado encontrarte hoy.

—¿Cómo?.., no comprendo... ¿qué quieres decir? ¿A tu matrimonio debes el haberme encontrado?

—Haz memoria, repuso Luciano. ¿No asististe, hace tres años, á una señora joven que vivía entonces en una casita aislada en lo alto de la cuesta de Clamart, de donde parte el viaducto de Meudon?

La comadrona reflexionó un instante.

—En efecto, dijo, me acuerdo, y el nombre de aquella joven me llamó entonces la atención. Se llamaba como la hija de un amigo de tu padre.

—¡Juana Laroche!.., eso es, dijo Luciano, ¡es mi mujer!

—¡Tu mujer!, exclamó la señora de Favreuse con estupor. ¡Vamos á ver, no es posible!.., aquella joven se encontraba sola. Fué yo la que declaré el nacimiento de la niña, bajo el nombre de Laroche, que ella misma me dió, y te lo repito, este nombre me llamó tanto la atención, que estuve á punto de preguntarle si era pariente del Laroche que yo había conocido.

—Es su hija, declaró Luciano.

La comadrona tuvo un estremecimiento de asombro.

—¿El Sr. Laroche te dió su hija?, exclamó. ¿A tí?

—No me la dió precisamente, dijo el marido de Juana. Pero procedamos por orden. Cuando íbamos á entrar en quintas Edmundo y yo, la suerte me designó para prestar los cinco años de servicio que exigía la ley. Pero, alegando motivos de salud, logré más tarde librarme del servicio durante dos años consecutivos. La casualidad me había puesto en presencia de la señorita Laroche. Había producido en mí una viva impresión y me había parecido que yo no le era indiferente. Cambiamos secretamente nuestras confidencias, y poco tiempo después la hice pedir oficialmente en matrimonio á su padre.

La señora de Favreuse parecía sorprendida de los labios de su hijo y le escuchaba con creciente estupor.

—Con gran sorpresa de mi parte, continuó Luciano, el Sr. Laroche, á pesar de haber sido íntimo amigo de mi padre, recibió muy mal mi petición, oponiéndome una negativa formal.

—Lo comprendo, murmuró entre dientes la comadrona; se acordaría... de mí.

—Juana me amaba, prosiguió el joven; resistió á su padre, y como era mayor de edad, se marchó de su casa é hizo al Sr. Laroche las intimaciones exigidas por la ley, y así pudimos casarnos.

—¿Cómo!, exclamó la señora de Favreuse, ¿ella se atrevió á tanto?.. ¡Nunca hubiera supuesto en aquella muchacha tanta energía!

—Sin embargo, así pasó, y no necesito decirte que desde aquel día el rompimiento fué completo entre el Sr. Laroche y nosotros. Mi mujer no poseía más que lo heredado de su madre, pues su padre no le dió un céntimo. Sin embargo, éramos felices. Pasamos un año delicioso; luego Juana quedó encinta. Entonces pensé en el porvenir, en la criatura que iba á venir al mundo, y tuve la mala ocurrencia de querer aumentar nuestra fortuna, aventurando en especulaciones demasiado arriesgadas lo poco que poseíamos.

—¡Tú metido en negocios, pobre hijo mío!, interrumpió la señora de Favreuse, que conocía bien á su hijo. ¿Naturalmente, lo perdiste todo?

—¡Ah!, murmuró Luciano, continuando la fábula que había preparado á fin de no confesar sus tropiezos con la justicia. Pero la ruina no era nada al lado de otra complicación que no tardó en surgir. Me había sido imposible hacer diferir por más tiempo mi incorporación en el ejército, yo no podía decidirme á dejar á mi pobre mujer sola y sin recursos, en su situación, y entonces vinimos á ocultarnos bajo el nombre de Laroche en esa casa aislada de la cuesta de Meudon, donde esperaba substraerme á las investigaciones de la autoridad militar.

—¿Pero cómo es que encontré á tu mujer sola cuando me llamaron para que la asistiese?, preguntó la comadrona.

—¡Una desgracia increíble!, contestó Luciano. Yo había dejado á Juana para ir á París en busca de algún dinero que me habían prometido, y contaba traer lo indispensable para recibir á la criatura esperada; pero ya había sido señalado como insumiso y fué detenido en la estación por un gendarme que poseía mis señas personales.

—¡Pobre hijo mío!, gimió la señora de Favreuse.

—¡Sí, puedes compadecerte, mamá!, dijo el marido de Juana en tono lastimero. Conducido á la comandancia de la plaza, encerrado en la cárcel del Cherche-Midi, comparecí ante un consejo de guerra y fué condenado por insumisión á seis meses de prisión.

—¡Oh, eso es horroroso!.., exclamó la comadrona.

—Dije toda la verdad, continuó Luciano; confesé el motivo por el cual no me había incorporado al regimiento, describí la situación cruel de mi pobre mujer y logré obtener la remisión de mi pena.

—¿Entonces eras libre?

—No, rectificó Luciano; me faltaba cumplir mi servicio militar y me mandaron á un destacamento estacionado en Africa.

—Y tu mujer, ¿cómo es que no sabía nada de todo eso?

—Hay aquí un misterio que no he podido aclarar, explicó Luciano. Al ser arrestado escribí á mi mujer, enterándola de lo que ocurría. ¿Recibió mi carta? Siempre lo he dudado, porque no recibí contestación ninguna. Durante los tres largos años que he pasado en Africa, le he escrito muchas veces y nunca he recibido carta de ella.

—Tu mujer debió abandonar el país inmediatamente, dijo entonces la comadrona, pues unos quince días después de su alumbramiento, pasé por casualidad por delante de la casa y lo vi todo herméticamente cerrado.

—¿Qué pasó? Lo ignoro, declaró el joven.

—¿Cómo, ¿no la has vuelto á ver?, preguntó la madre asombrada; ¿no sabes dónde está?

—Licenciado del servicio apenas hace ocho días, explicó el taimado licenciado de presidio, lo primero que hice, como puedes suponer, al llegar á París, fué buscar á mi mujer y á mi hijo...

—¿Y entonces?

—De las averiguaciones hechas, resulta que Juana se halla actualmente con su padre en su quinta de Segonzac, en el Cepellón... que tú conoces sin duda.

—Entonces todo se explica, dijo la señora de Favreuse. El Sr. Laroche se enteró sin duda de tu arresto, recibió la carta que habías escrito á Juana y vino á buscar á su hija... O bien tu mujer, al verse abandonada y sin recursos, imploró su perdón ablandando á su padre. Conozco bastante el carácter de ese hombre, continuó ella, para adivinar lo que pasó

luego. Su resentimiento se mantuvo contra ti solo, y debió apelar á todos los medios para arrancar del corazón de su hija el afecto que te tenía.

—Probablemente, murmuró Luciano, que pensaba ya en el apoyo que su madre podía prestarle en semejantes circunstancias.

—¿No has procurado hablar con tu mujer?, preguntó la señora de Favreuse.

—Fuí al Cepellón, contestó el joven, pero ya puedes suponer que yo no podía pedir una entrevista á mi suegro. Quería informarme antes de dar paso alguno, y esperaba que la casualidad me haría encontrar á Juana sola; pero la ocasión no se ha presentado.

—Has hecho mal, Luciano, declaró la comadrona. Sé muy bien que ese Laroche es un bruto y un testarudo; pero no se cierra la puerta á un hombre que va á hablar con su esposa y á besar á su hijo...

—¡Es que no hay tal hijo ni hija!, dijo Luciano.

—¿Cómo, ¿y la niña?, exclamó la señora de Favreuse; ¿moriría acaso... á pesar de estar tan bien constituida?..

—Sí, era una niña, ya lo sé... Lo he sabido hace un rato leyendo la declaración de nacimiento en la alcaldía de Meudon, dijo el marido de Juana; allí he visto tu nombre y tus señas y en seguida he venido.

—Y has hecho bien en venir, hijo mío, dijo la madre. Pero qué coincidencia, ¿eh?.. ¡Ah! Me acuerdo muy bien de esa niña, de tu hija... Era perfectamente viable.

—Tomé informes en Segonzac, repuso el miserable. Hace tres años, cuando el Sr. Laroche y Juana fueron á instalarse en el Cepellón, mi hija no estaba con ellos, y en el país se ignora absolutamente que Juana sea madre.

—¡Cosa más extraordinaria!.. Eso me huele á alguna otra canallada de ese Laroche, insinuó la comadrona, que había conservado contra el antiguo comerciante un resentimiento igual al que ella adivinaba en él. Habrá hecho desaparecer á la niña para que la fortuna que ha de pertenecerle un día no pueda pasar por tus manos.

—No, mamá, es imposible, protestó Luciano. Juana no hubiera consentido jamás en semejante cosa... la conozco demasiado.

—Todo es posible con esas jóvenes educadas en la sumisión más absoluta á sus padres... Convegno en que tuvo una veleidad de rebelión al casarse contigo; pero la perspectiva de la miseria y su aislamiento, cuando desapareciste, pudieron hacerla reflexionar...

—Pero, en fin, objetó el marido de Juana, no se hace desaparecer una criatura tan fácilmente.

—¡Oh, no es tan difícil como te figuras!, replicó la comadrona. El Sr. Laroche es rico y con dinero se hace lo que se quiere.

—Es preciso que yo averigüe lo ocurrido, murmuró Luciano con voz sorda. Quiero que me entreguen esa niña... Soy su padre y tengo mis derechos...

—¡Claro que sí! Hay que buscarla, dijo la señora de Favreuse.

—Ya he empezado mis averiguaciones, como te he dicho, y la prueba de ello es que estoy aquí.

—¡Qué suerte que me hayas encontrado! ¡Ah! Yo tampoco he sido feliz; he sufrido mucho en mi aislamiento; pero espero que ahora no volverás á separarte de mí.

Luciano encontraba en la voz de su madre toda la ternura de años atrás; sabía que podía pedir cualquier cosa á aquella mujer que tanto le había querido siempre, y la besó diciendo:

—Sí, mamá, permaneceré contigo, puesto que no tengo familia, puesto que una fatalidad cruel quitóme á la vez mi mujer y mi hija.

—Pero á toda costa necesitas ver á ese Laroche, dijo con energía la señora de Favreuse. Es preciso que te devuelva á tu mujer y que te diga qué ha hecho de tu hija.

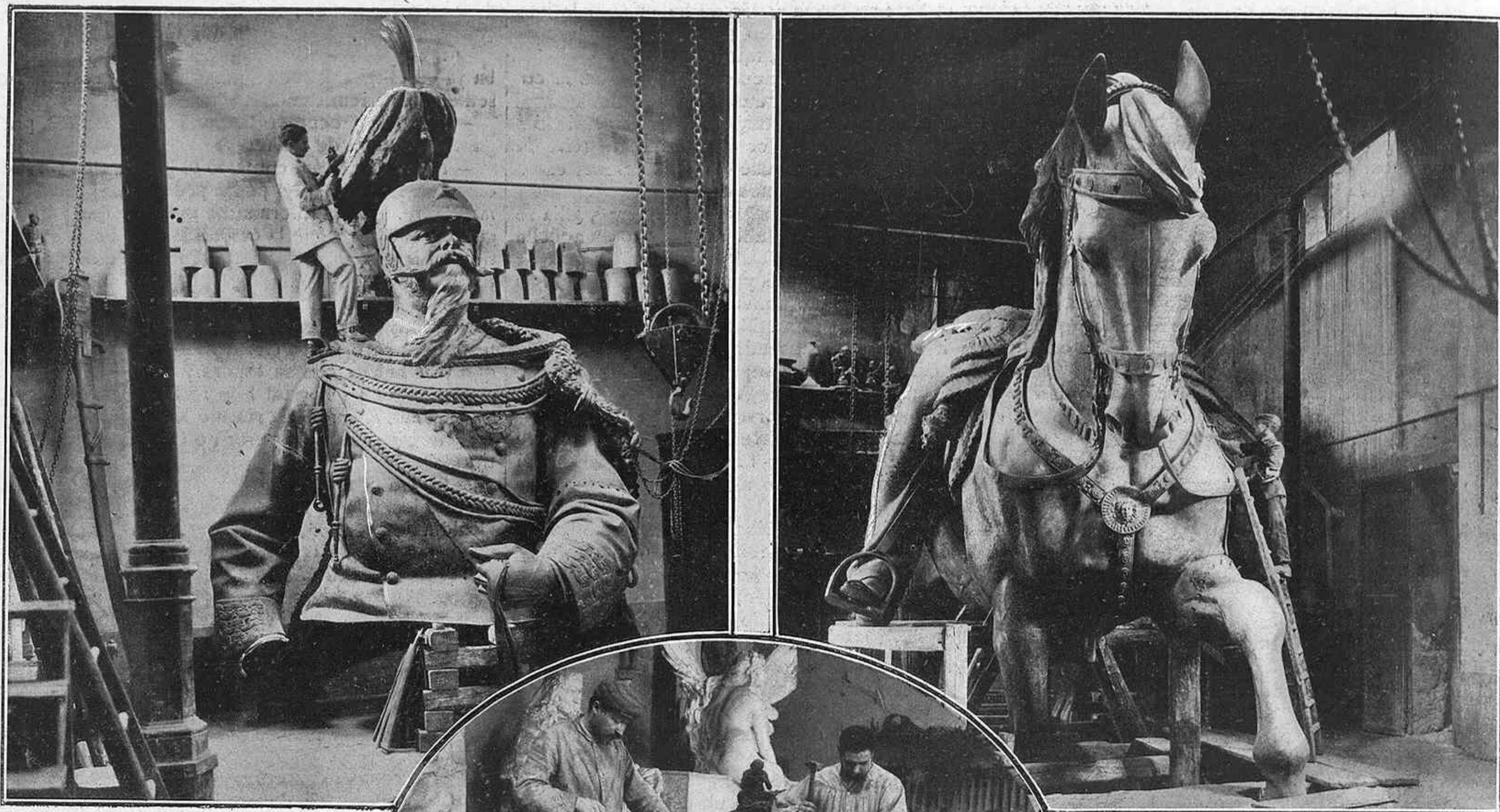
Luciano preveía muy bien la acogida que hubiera recibido del Sr. Laroche si hubiese tenido la audacia de presentarse ante él. El ex comerciante sabía perfectamente que su yerno se hallaba bajo la vigilancia de la policía, y quizá no hubiera vacilado en hacerle prender por quebrantamiento de destierro.

Por otra parte, el miserable se preguntaba si podía contar todavía con el afecto de Juana. Ella también debía saber que su marido era un ladrón, un hombre deshonorado para siempre, y su amor había indudablemente cedido el puesto al desprecio bajo los consejos y la presión de su padre.

Pareció reflexionar un momento, y después dijo:

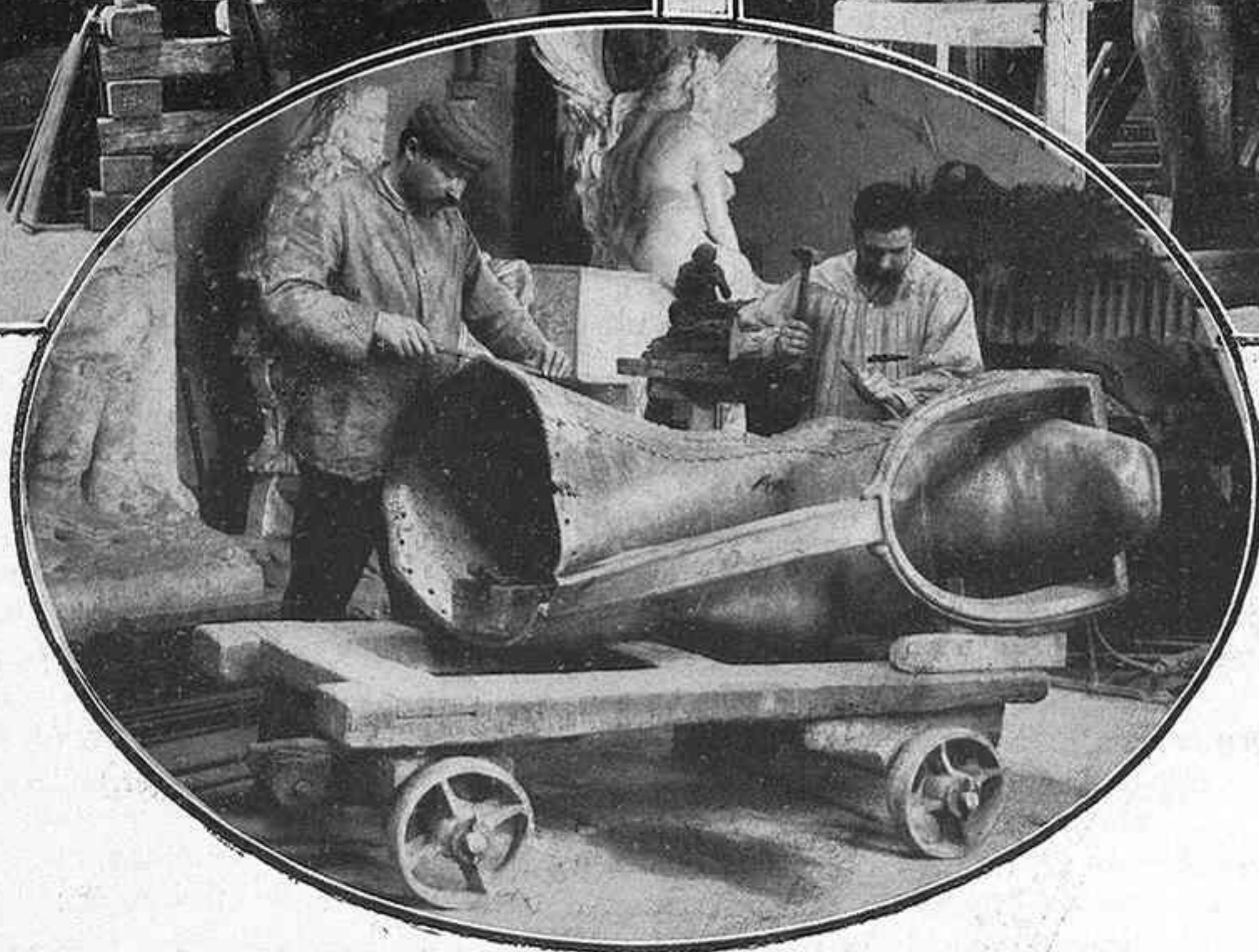
—Creo que sería preferible que mi suegro ignorase mi regreso. ¡Quién sabe lo que sería capaz de hacer para impedirme hablar con Juana y encontrar á mi hija!

(Se continuará.)



El busto de la estatua ecuestre de Víctor Manuel II

El caballo que con la estatua del rey ha de figurar en el monumento



Un pie y parte de una pierna de la estatua
(De fotografías de Carlos Abeniacar.)

LA ESTATUA ECUESTRE DEL MONUMENTO Á VÍCTOR MANUEL II EN ROMA

En la Fundición Artística de J. B. Bastianelli, de Roma, ha sido fundida la colosal estatua ecuestre de Víctor Manuel II que ha de figurar en el grandioso monumento actualmente en construcción dedicado á perpetuar la memoria del fundador de la unidad italiana.

Para que nuestros lectores puedan formarse idea de las dimensiones y del peso de esa estatua, la más grande de cuantas hasta el presente se han modelado, bastará exponer los siguientes datos: tiene doce metros de altura; la cabeza del rey con el casco mide dos metros y medio y pesa 1.200 kilogramos; el sable mide cuatro metros y pesa 150 kilogramos; las dos mitades de la silla tienen una longitud de un metro ochenta centímetros cada una; los arneses del caballo pesan cuatro toneladas, el pecho siete y el vientre nueve; el interior de éste parece una gran caverna y en él han almorzado treinta personas juntas, sentadas á una mesa.

En la fundición de la estatua y del caballo han entrado cincuenta toneladas de bronce, es decir, el metal de ciento setenta cañones. Para la fundición ha sido preciso dividir el modelo en doce trozos: cabeza, torso y piernas del rey; cabeza, pecho, vientre, grupa y patas del caballo.

Toda la estatua será dorada, ascendiendo el presupuesto de este dorado monumental á un millón de liras, y descansará sobre una base, también de bronce, de 32 metros cuadrados de superficie.

En septiembre próximo la estatua ecuestre de Víctor Manuel II será transportada y colocada definitivamente sobre su pedestal.

La embajada desembarcó el día 22 de mayo último en Marsella y el 24 llegó á París, habiendo sido recibida el 27 por el presidente de la República.

La recepción efectuóse en el Elíseo, adonde fueron conducidos con gran pompa los embajadores. El Mokri pronunció un discurso, en el que después de dar las gracias al presidente por la embajada enviada á Fez y de haber recordado la confianza que el sultán dispensó al embajador Sr. Regnault, expresó los sentimientos amistosos de su soberano, la confianza que tiene en que el gobierno de Francia mantendrá la independencia del imperio y su firme voluntad de cumplir el acta de Algeciras.

El Sr. Fallieres contestó manifestando la necesidad de mantener el buen acuerdo entre Francia y Marruecos y de realizar las reformas señaladas en el acta de Algeciras y que, siempre dentro de la independencia del imperio, han de robustecer la autoridad del sultán y aumentar la prosperidad de sus súbditos.

La embajada marroquí ha sido obsequiada por el presidente de la República con un gran banquete.—R.



Si Abdalah el Fassi

El Hadj Mohamed Mokri

Paris.—Embajada enviada á Francia por el sultán de Marruecos Muley Hafid
(De fotografía de Harlingue.)

PARÍS

CONCURSO DE SOMBREROS

Por si algo faltaba á los modistos y á las modistas para extremar la nota, ahora se han introducido en París los concursos de sombreros que, estableciendo una emulación entre aquéllos, forzosamente les impulsa á buscar novedades que no siempre responden á la verdadera elegancia y á singularizarse hasta tocar á los límites de lo extravagante.

Porque dicho sea en honor á la verdad, en materia de sombreros la moda ha llegado ya á lo más absurdo, casi á lo intolerable, imponiendo unos armatostes de tamaños descomunales en los que se amontonan profusamente plumas, pájaros, cintas, hojas, flores, frutas, plantas enteras en el más caprichoso y confuso revoltijo, ó unas cestas invertidas con adornos por el estilo de aquéllos y de formas realmente desgraciadas.

El último concurso del teatro Marigny parece, sin embargo, señalar una tendencia más moderada ó siquiera más exenta de tanta exageración. En efecto, según puede verse en el grupo de primeros premios que adjunto reproducimos, al lado de los grandes modelos han sido premiados otros más pequeños que no favorecen menos que los otros á las que los llevan y que algo deben tener cuando el jurado los ha estimado dignos de tal distinción.

¿Querrá la moda algún día armonizar lo elegante con lo que es de sentido común? Mucho lo dudamos, porque precisamente el imperio de esa deidad se basa en el capricho, en la arbitrariedad, en la tiranía de imponer lo que á ella ó á sus sacerdotes se les antoja, sea ó no lógico y tanto más cuanto más ridículo. — T.



París.—Concurso de sombreros celebrado recientemente en el teatro Marigny.—Un grupo de primeros premios. (De fotografía de M. Branger.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CUENTOS MORALES, por *Francisco Fatou Lucas*. — Un tomito de 128 páginas, ilustrado con varios grabados y publicado con licencia eclesiástica. Impreso en Sevilla en la imprenta de «El Mercantil Sevillano». Precio, 50 céntimos.

CÁMARA OFICIAL DEL COMERCIO, DE LA INDUSTRIA Y DE LA NAVEGACIÓN DE BARCELONA. — Memoria de los trabajos realizados durante el año 1908. Un tomo de 170 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Henrich y Compañía.

LA TRIBUNA ROJA, por *B. Morales San Martín*. — Novela de costumbres valencianas. Un tomo de 200 páginas, editado en Valencia por Angel Aguilar. Precio una peseta.

BODA Y MORTAJA, por *Rafael Pamplona Escudero*. — Novela premiada en el segundo concurso de la «Biblioteca Patria.» Un tomo de 132 páginas, editado en Madrid. Precio, una peseta.

EL ARTE MÁS DIFÍCIL, por *E. Bertrán y Rubio*. — Colección de artículos. Un tomo de 384 páginas, editado en Barce-

lona en los talleres gráficos de José Casamajó.

EL LIBRO DE LA VIDA BOHEMIA, por *Luis Antón del Olmet*. — Colección de artículos de costumbres y de narraciones de viaje. Un tomo de 196 páginas, impreso en Madrid en el establecimiento tipográfico de Jaime Ratés. Precio, 3'50 pesetas.

lona por Manuel Marín. Precio, tres pesetas.

LA RULLA, por *B. Morales San Martín*. — Novela de costumbres valencianas. Un tomo de 283 páginas, editado en Valencia por Angel Aguilar. Precio, dos pesetas.

DE ANDALUCÍA, por *F. Cortines y Muirbe*. — Colección de poesías. Un tomo de 204 páginas, impreso en Sevilla en la imprenta de Izquierdo y C.^a Precio, dos pesetas.

LOS INGLESES VISTOS POR UN LATINO, por *Federico Rahola*. — Impresiones de viaje. Un tomo de 192 páginas, que forma parte de la «Biblioteca Diamante» editada en Barcelona por Antonio López. Precio, dos reales.

UNIÓN DE PRODUCTORES DE ESPAÑA PARA EL FOMENTO DE LA EXPORTACIÓN. — Memoria del período de organización. Un folleto de 16 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta Casamajó.

EL BECERRO DE ORO, por *Micaela Peñaranda y Lima*. — Novela premiada en el segundo concurso de la «Biblioteca Patria.» Un tomo de 156 páginas, editado en Madrid. Precio, una peseta.

PICTÓRICAS, por *Ramón N. Franco*. — Colección de poesías. Un tomo de 292 páginas, impreso en México. Precio, un peso.

REGLAMENTO DE LA EXPOSICIÓN REGIONAL GALLEGA que ha de celebrarse en la ciudad de Santiago en el año santo de 1909. Un folleto de 28 páginas con el plano de la exposición, impreso en Santiago en la imprenta de «El Eco.»

MIEDO, por *José M.^a Francés*. — Colección de cuentos. Un tomo de 220 páginas, editado en Valencia por F. Sempere y Compañía. Precio, una peseta.

CABALGATA DE HORAS, por *Emiliano Ramírez Angel*. — Novela. Un tomo de 205 páginas, impreso en Madrid en la Imprenta Gutenberg. Precio, tres pesetas.

CRÓNICA DE LA FIESTA DEL ARBOL EN ESPAÑA. 1908. — Un tomo de 120 páginas profusamente ilustrado, impreso en Barcelona en los talleres gráficos de José Casamajó.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

APIOLINA CHAPOTEAUT

Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas.

PARIS, 8, Rue Violonne y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 16, rue de l'Echiquier, París, que envía gratis su curioso librito.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES B^{is} D^{ois} 116

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ia} G. SEGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

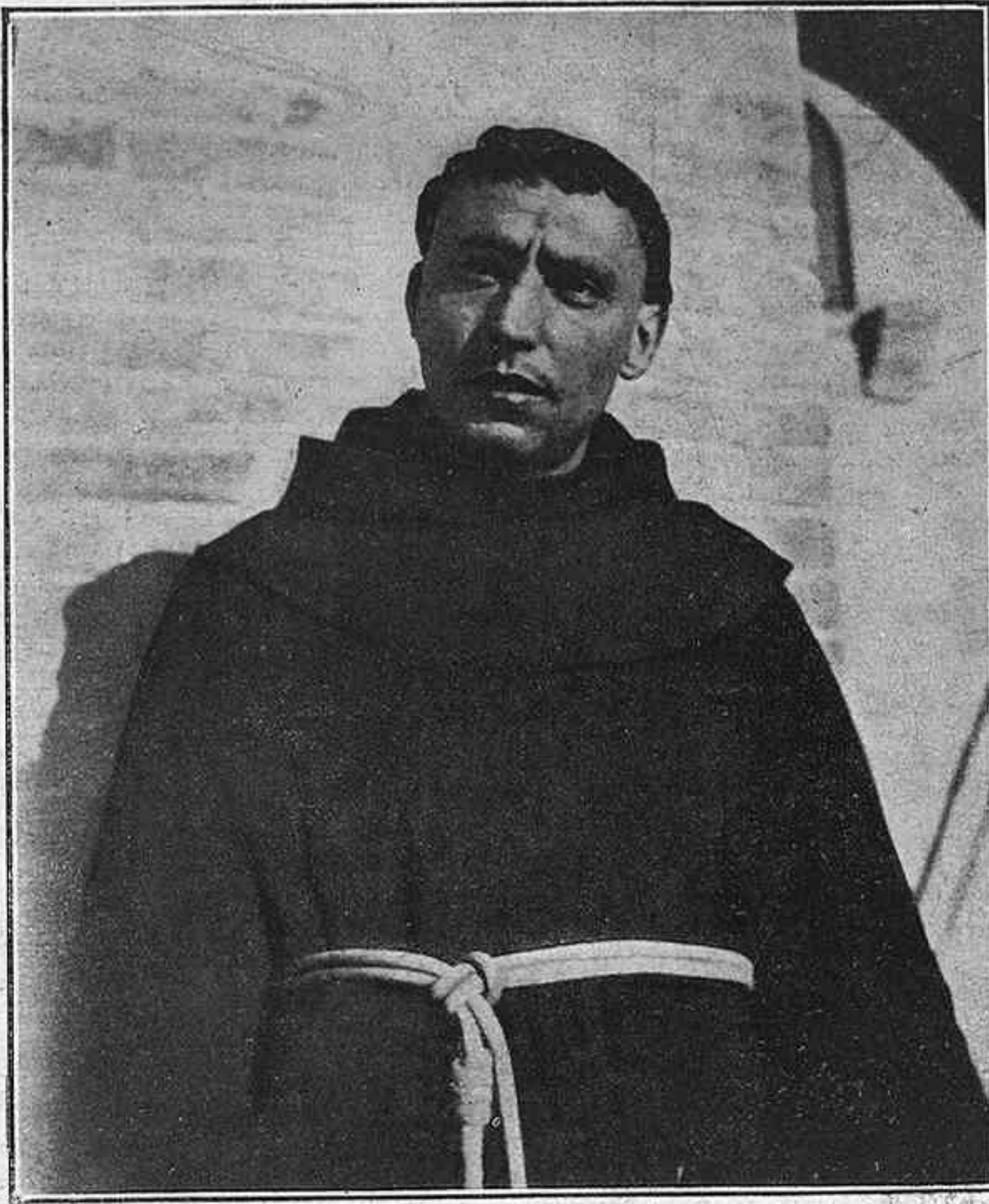
EL NOTABLE INVENTO DEL P. MACCIONI.—APARATO AVISADOR DE LOS TERREMOTOS

Todos los aparatos de sismografía hasta ahora conocidos, aun los más perfeccionados, limitábanse á registrar los terremotos ocurridos á grandes distancias, en el momento mismo en

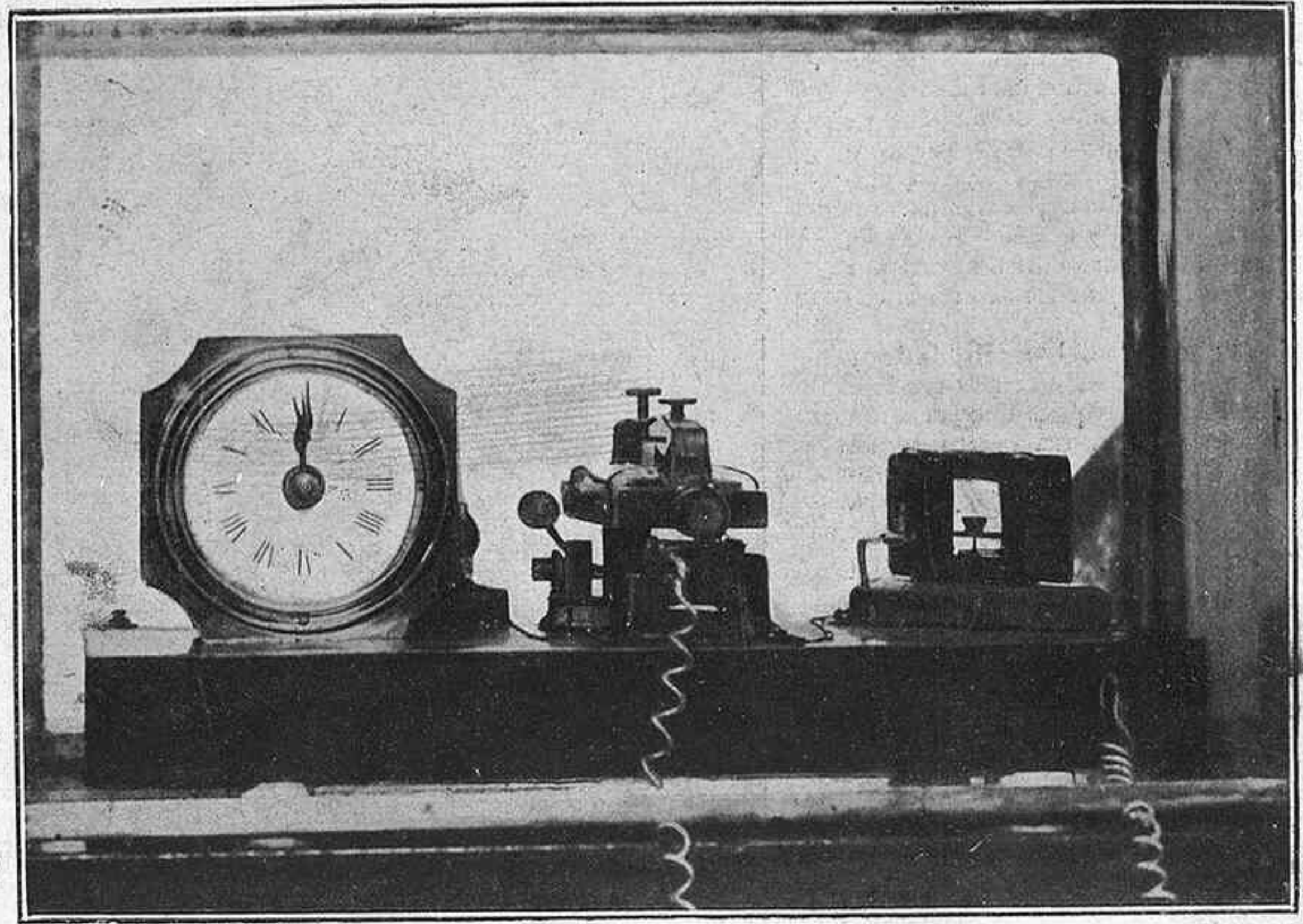
despertarse repentinamente muchas personas algunos minutos antes de producirse aquéllos, concibió el P. Maccioni la idea de la existencia de un sistema de ondas, análogas á las hertzianas, que se originan en el epicentro del sacudimiento terrestre, en el período de preparación ó formación de éste, y se propagan con la velocidad que á tal género de ondas caracteriza, y las denominó *ondas electromagnéticas*.

grafos ordinarios: las ondas electromagnéticas habíanse adelantado cuatro minutos á las ondas mecánicas, impresionando visiblemente el *coherer* y parando un reloj sismoscópico con éste relacionado.

Es indudable que el aparato del P. Maccioni, bautizado con el nombre de *avisador sísmico*, constituye un invento de grandísima importancia que, debidamente perfeccionado, puede prestar valiosos servicios á las poblaciones castigadas por los



El P. Atto Maccioni, inventor del aparato avisador de los terremotos



El avisador sísmico inventado por el P. Maccioni (De fotografías de Argus Photo-Reportage.)

que se producían, y los esfuerzos realizados por ilustres físicos para descubrir un medio que anunciase con anticipación aquellos fenómenos habían resultado inútiles.

Los recientes terremotos de Messina y Reggio avivaron en el mundo científico el afán de hallar una solución al importante problema, que al fin ha encontrado el P. Atto Maccioni, director del Observatorio sísmico que la orden de los Observantes tiene en las inmediaciones de Siena. Fundándose en el hecho perfectamente probado del presentimiento que de los terremotos tienen los animales y del fenómeno frecuente de

Para poner en práctica su teoría, escogió de entre los aparatos de la física moderna el *coherer* ó resonador eléctrico, parte esencial de la telegrafía sin hilos; mas no satisfaciéndole del todo las condiciones de ese aparato, inventó un *coherer* de forma especial y esperó una ocasión de comprobar la existencia de las supuestas ondas.

Y efectivamente, el día 11 de abril último pudo ver confirmada su hipótesis, puesto que su aparato registró dos terremotos ocurridos á 22 kilómetros de distancia de su Observatorio, cuatro minutos antes de que los registrasen los sismó-

cataclismos telúricos; el principio está descubierto y su perfeccionamiento y desarrollo, como ha sucedido en los inventos más trascendentales, es cuestión de tiempo.

El P. Maccioni nació en Pistoia el 7 de enero de 1875, hizo sus primeros estudios en el colegio franciscano de las misiones de Giancherino y los continuó y terminó en el convento de la Observancia de Siena. Desde su juventud sintió gran pasión por la física y por las matemáticas, y hace algunos años fundó su primer observatorio sísmico, que en 1899 trasladó al citado convento.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. **Exigir la Firma WLINSI.** DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros, la Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. **HEMOSTÁTICA** PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
GATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**. El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal cura las **ENFERMEDADES DE LA PIEL**. Vicios de la Sangre, Herpés, Acne. EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO. H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ie}, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN